

4035

EL TEATRO

Y LA

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

---

EN ESTA VIDA

**TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.**

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

**D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,**

REFUNDIDA POR

**D. MANUEL CAÑETE Y D. JOSÉ CAMPO-ARANA.**

---

**MADRID.**

OFICINAS.—POZAS, 2 y SEVILLA, 14.

1879. 9

1870

...

...

...

...

...

**EN ESTA VIDA**

**TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.**



**EN ESTA VIDA  
TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.**

**COMEDIA**

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

**DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA,**

REFUNDIDA POR

**D. MANUEL CAÑETE Y D. JOSÉ CAMPO-ARANA.**

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 4 de Octubre  
de 1879.



**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO. 18.

1879.



**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

CINTIA.....	SRA. MARIN (D. <sup>a</sup> Concepcion).
LIBIA.....	SRTA. CALDERON (D. <sup>a</sup> Luisa).
FÓCAS.....	SRES. JIMENEZ (D. Donato.)
HERÁCLIO. . . . .	VICO (D. Antonio).
LEONIDO. . . . .	CALVO (D. Rafael).
ASTOLFO.....	VICO (D. Manuel).
LISIPO. . . . .	CALVO (D. José).
FEDERICO, embajador.....	MORENO (D. P.).
ISMENO.....	REVILLA (D. Alfredo C.).
UN SOLDADO.....	CORRAL (D. F.).
UN CRIADO.....	PERRIN (D. F.)

Damas, cortesanos, monteros, soldados.

Esta obra es propiedad de D. Manuel Cañete y de D. José Campo-Arana, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los refundidores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. HIJOS DE A. GULLON y de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



## Á LOS ACTORES

D. ANTONIO VICO y D. RAFAEL CALVO.

Para que ustedes pudieran presentarse unidos por primera vez ante el público de Madrid en una de las bellas creaciones del Teatro antiguo español, acometimos la árdua empresa de refundir este poema escénico, procurando adecuarlo á las circunstancias y al gusto de nuestros dias. Gracias al singular talento que á ustedes distingue, y al acierto que desplegaron en la noche del estreno, el público pudo comprender y aplaudir fervorosamente las bellezas de una obra escrita por el autor de *La vida es sueño* en su primera juventud, pero sellada ya con el sello de inmortalidad que imprimió en sus mejores comedias. Reciban ustedes estas breves líneas como testimonio de estimacion á su relevante mérito, y como prenda segura del cariño que les profesan sus verdaderos amigos

MANUEL CAÑETE. — JOSÉ CAMPO-ARANA.



## ADVERTENCIA PRELIMINAR.

---

La benevolencia con que el público y los periódicos de esta córte han acogido la presente refundición de la comedia que Don Pedro Calderon de la Barca dió á luz con el mismo título que aquí lleva, si por una parte nos obliga á patentizar la gratitud de que les somos deudores, por otra no nos excusa de pedir indulgencia para la osadía de haber puesto mano en la obra original de aquel peregrino ingenio. ¿Podrán servirnos de disculpa las causas que nos han movido á efectuarlo?

La Empresa del teatro Español, interpretando bien el deseo de los apasionados del arte, quería proporcionar á nuestros dos primeros actores ocasion de aparecer unidos con el lazo de la confraternidad artística en una misma obra escénica, y en papeles de igual importancia; anhelaba que esta obra fuese de aquellas de nuestro antiguo teatro que viven con perpétua juventud en la admiración de los pueblos cultos, y se mostraba inclinada á preferir las del inmortal autor de *La devoción de la Cruz* y *El médico de su honra*. Invitados á secundar este laudable propósito, hemos creído que ninguna creación del poeta á quien la docta Alemania considera como á príncipe de nuestros dramáticos, dándole preferente lugar

entre los mejores de la edad moderna, reunía para el objeto apetecido condiciones tan especiales como la titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*.

Del efecto que causó esta obra en los contemporáneos de Calderon se podrá formar juicio exacto con sólo recordar que en la época de mayor auge de la escena francesa, cuando Corneille, Racine y Molière daban la norma de un teatro cimentado en la imitación de los clásicos antiguos, y que á veces estrechaba y hacía más rigurosos los preceptos aristotélicos y horacianos, horrorizándose de la vigorosa libertad del poético drama español, tan vario, tan ingenioso y brillante,—el mismo Corneille se apoderaba del fundamento de la acción y de los rasgos principales de esta comedia para apropiárselos y reproducirlos en su *Heráclio*. Al hacerlo así, descartando por completo el elemento sobrenatural, tan importante en la obra de Calderon, dió sin duda alguna más regularidad á la fábula; pero rebajó un tanto su grandeza, despojándola en parte de la nativa amenidad de la comedia española, y apeló á recursos que aspiran á representar mejor las condiciones propias de la vida real, sin que logren ser en el fondo tan verdadera y profundamente humanas como los resortes que emplea el famoso poeta madrileño.

Reducidos nosotros al papel de meros refundidores, hemos creído que no debíamos ir tan lejos como Corneille arrancando de raíz la parte sobre-

natural de la comedia calderoniana. Despojarla en todo y por todo de ese elemento habría sido desnaturalizar un tanto su propia índole, dado que en la época de Calderon se conservaban todavía resabios de la influencia que ejercieron en los siglos medios las supersticiosas creencias relativas al poder de la magia y de los magos. Sin embargo, como el gran poeta procura en el tercer acto de su obra realizar y hacer verdadero cuanto había fingido el conjuro de Lisipo, y este empeño de conceder á las artes mágicas poder de adivinación le lleva insensiblemente á enredarse en escenas de dudoso efecto, y poco á propósito para persuadir é interesar al público de nuestros días, nos ha parecido necesario dar distinta dirección al desenlace del poema, descartando personajes, situaciones, episodios é incidentes que hubieran podido hacerlo fracasar en el teatro.

Los calorosos aplausos que ha dispensado el público al cuadro final de esta obra (que comprende desde la escena sexta á la última inclusive del acto tercero), cuyo plan difiere mucho de el de Calderon, bien que hayamos procurado aprovechar cuantos rasgos y versos del autor podían contribuir á embellecerlo y realzarlo, disculpan hasta cierto punto nuestra osadía. Á pesar de ello, cúmplenos dejar aquí consignado que sin la indicación que hace el mismo Calderon, con maravilloso instinto dramático, en la escena quinta de la tercera jornada, donde Leonido intenta asesinar á su padre Fócas para arrebatarle el impe-

rio, tal vez no nos habríamos atrevido á imaginar el trágico fin que hemos dado á la comedia.

De todos modos, conste que nuestro único deseo al emprender la refundición de esta obra ha sido, amén del que ya dejamos expuesto, proporcionar á los amantes del arte ocasion de admirar las bellezas que atesora una de las más originales creaciones de Calderón, purgándola de los lunares é inconvenientes que hoy habrían podido encontrar en ella los que no están familiarizados con el espíritu y carácter del portentoso Teatro español del siglo XVII.

#### LOS REFUNDIDORES.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Decoracion de selva corta.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon suenan dentro, á la izquierda del actor, instrumentos músicos, é instantes despues cajas y clarines á la derecha, por la que sale FÓCAS, seguido de SOLDADOS, al mismo tiempo que aparece por la izquierda CINTIA con séquito de DAMAS, CORTESANOS y MONTEROS.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Focas!

FÓCAS. (Saliendo.) Cintia viva,  
y hagan salva á su belleza  
los militares estruendos  
de cajas y de trompetas.

CINTIA. (Yendo al encuentro de Fócas.)  
El nunca vencido Marte,  
el siempre invencible César  
á los montes de Sicilia  
en hora dichosa venga.  
En fé de nuestras lealtades  
tengo de ser la primera  
que aquí, besando tu mano,  
mi corona á tu pié ofrezca.

(Va á arrodillarse á los piés de Fócas, que lo impide; entre tanto dice aparte.)

- (Ante el poder de un tirano,  
¡oh temor, cómo me fuerzas!)
- FÓCAS. Cierta es que en hora dichosa  
aquí arriba, Cintia bella,  
quien viene á lograr aplausos  
donde pensó hallar ofensas.  
Bien temí, aunque coronado  
de tantos laureles venga  
á ver la eminente cumbre  
que fué mi cuna primera,  
hallar en sus campos ántes  
oposiciones que fiestas.  
Pero viendo que ha sabido,  
políticamente cuerda,  
la razon de estado hacer  
sacrificio de la fuerza,  
en premio del rendimiento  
con que me admities y aceptas,  
palabra, Cintia, te doy  
de que en la paz te mantenga  
de tu reino, sin que en tí  
satisfaga, ni en tu tierra,  
la hidrópica sed de sangre  
de mi heredada soberbia.
- CINTIA. Bien á ella vengas, señor,  
que ya de verte se alegra.
- FÓCAS. Aquellas dos altas cimas  
que, en desigual competencia,  
de fuego el volcan corona  
y ciñe de nieve el Etna,  
fueron mi primera cuna  
(ya lo dije) sin que en ellas  
tuviese más padres que  
las víboras que en sí engendran.  
Leche de lobas, infante,  
me alimentó allí en mi tierna  
edad, y en mi edad adulta  
el veneno de sus yerbas.  
En esta, pues, crianza bruta  
me halló bandida la fiera  
mílizia de unos soldados,  
que en la intrincada maleza



del monte se mantenía  
de hurtos, robos y tragedias.  
De la justicia acosados  
iban de una en otra tierra,  
cuando, encontrando conmigo,  
para que los defendiera  
me hicieron su capitán,  
cuya familia pequeña,  
á mi fama, en pocos días  
creció á copia tan inmensa,  
que puse en contribucion  
no sólo de las aldeas  
vecinas tímido el vulgo,  
mas pasando mis empresas  
á populosas ciudades  
las reduje á mi obediencia.  
Dejemos en este estado  
tiranizadas violencias,  
y vamos á que Mauricio,  
de Constantinopla César,  
á Italia pasó, en venganza  
de que negaba soberbia  
los feudos del sacro imperio,  
talando tan sin defensa  
sus campañas, que no hubo  
entónces muro ni almena  
que no viese tremolada  
la águila de sus banderas.  
Tu padre, atento al peligro  
que ya llamaba á sus puertas,  
llamó auxiliares mis tropas  
en su favor; y yo, al verlas  
empleadas en más noble  
generoso asunto, vuelta  
la que empezó por infamia  
en blason, salí con ellas  
al opósito á Mauricio,  
con tan favorable estrella,  
que de poder á poder,  
medidas entrambas fuerzas,  
murió en campaña á mis manos,  
aclamándome la inmensa

:

voz de tantos su caudillo.  
Ya por mar y ya por tierra  
llego hasta Constantinopla,  
córte del imperio excelsa;  
cercóla; por cinco años  
lucha altiva en su defensa,  
pero vencida del hambre  
me coronó por su César.  
Y aunque volviendo á Sicilia  
hoy bastante viso tenga  
en la presuncion de que  
vengo á conseguir en ella  
la vanidad de que quien  
bandido me vió me vea  
coronado rey, hay otras  
dos razones que me mueva n.

CINTIA.

Tiénesme con toda el alma  
de tus palabras suspensa.

FÓCAS.

Eudocia, que de Mauricio  
tan amante esposa era  
que en las lides le seguía,  
la noche, segun me cuentan  
diversos vasallos suyos,  
que él murió, en su fuga ella,  
con los dolores de parto  
ni bien viva ni bien muerta,  
en brazos de Astolfo (un noble  
anciano cuya experiencia,  
ántes de dar la batalla,  
en no sé qué conveniencias  
viro á hablarme embajador,  
de suerte que si le viera  
le conociera) dió á luz,  
si es que hay luz en las tinieblas,  
un tierno infante, y con él  
dió la vida. Astolfo apenas  
vió en su poder de su dueño  
el hijo, con tan desecha  
fortuna (porque jamás  
á dar en mis manos venga),  
dicen que con él del monte  
se retiró á la aspereza,

donde hasta hoy no se ha sabido  
que uno ni otro viva ó muera.

CINTIA. ¡Pasmosa historia!

FÓCAS.

Pasemos

á otra aún más extraña que esta.

Irífíle, una aldeana  
tan divinamente bella

que á ser la hermosura imperio

la jurára amor por reina,

tirana de mi albedrío

supo rendir mi fiereza.

Esta, pues, el dia que yo

llamado vine, en su aldea

en cinta quedó asistida

de quien, con mi confianza,

atento me aseguró

que apenas llegó la nueva

de mi victoria á su oído,

cuando se partió resuelta

á no quedarse sin mí

al preciso riesgo expuesta

de sus deudos con el parto

que ya esperaba tan cerca;

y que con ella viniendo

erró del monte la senda,

donde, cerrando la noche,

entre dos incultas peñas

la asaltaron los dolores;

y él, con la súbita pena

de su desabrigo (yendo

á ver si por dicha hubiera

donde albergarla), siguió

una luz, en cuya ausencia,

(segun ella dijo cuando

volvió con gente por ella)

un hombre llegó al gemido,

á quien, turbada ó atenta,

porque el interés ó el miedo

de mi enojo le pusieran

en mayor obligacion,

le reveló cuyo era

el fruto infeliz que ya

Horaba sobre la yerba;  
añadiendo que, si acaso  
la dejaba el dolor muerta,  
para que fuese creído  
de mí le daba por señas  
una cifra de mi nombre  
en una lámina impresa  
de oro que yo la había dado  
de mi matrimonio en prenda;  
y que, finalmente, oyendo  
gente se volvió á la sierra,  
ladron del parto y la joya,  
sin que por más diligencias  
que hicieron hayan logrado  
que hurto ni ladron parezcan.

CINTIA. ¡Caso extraño!

FÓCAS.

Y pues hasta hoy

no me dió el valor licencia  
para que dejar pudiese  
tantas victorias suspensas,  
vuelvo con los dos afectos  
de amor y odio, ira y terneza,  
á buscar aquí en Trinacria  
dos vidas que me atormentan  
ignoradas; una, en fe  
de la medrosa sospecha  
de que haya de Mauricio  
sucesion que alterar pueda  
en ningun tiempo el imperio  
que le toca por herencia;  
y otra, en fe del sentimiento  
de que la mía perezca.

CINTIA.

Tranquilízate. Y en tanto  
que general bando se echa,  
con premio y castigo á quien  
ó sospechoso lo sepa  
ú obediente lo descubra,  
ven donde descansar puedas  
de tantas prolijas marchas.

FÓCAS.

¿Qué descanso habrá que tenga  
quien temeroso imagina  
ni quien codicioso piensa?

CINTIA. Vamos, señor, que mi córte  
regocijada te espera.

FÓCAS. Partamos, pues: ¡viva Cintia!

CINTIA. ¡Viva Fócas!

TODOS. ¡Viva!

LIBIA. (Dentro.) ¡Muera!

FÓCAS. Oid, esperad, suspended  
el rumor. ¿Qué voz es esta  
que al decir que Fócas viva  
ella ha repetido...

LIBIA. (Dentro.) ¡Muera  
á manos de mi desdicha!

CINTIA. Á lo que de aquí se deja  
ver, fugitiva hermosura,  
de una peña en otra peña,  
para descender al llano  
buscando viene la senda,  
y despeñada del monte  
cayendo va.

FÓCAS. Á socorrerla,  
por desmentir el agüero,  
llegaré volando.

LIBIA. (Dentro.) ¡Muera  
á manos de mi desdicha,  
y no á manos de una fiera!

FÓCAS. (Dentro.) No harás, que en mis brazos yo,  
del cielo de tu belleza  
Atlante, sabré parar  
el rigor de tu violencia.

## ESCENA II.

CINTIA, FÓCAS, LIBIA, DAMAS, CORTESANOS, MONTEROS,  
SOLDADOS.

FÓCAS. (Saliendo con Libia en los brazos.)  
Y pues ya estas socorrida,  
cóbrate, anima y alienta.

LIBIA. Mal podré; que aunque de tí  
favorecida me vea,  
no asegurada del riesgo  
que me sigue.

CINTIA.

Qué es nos cuenta.

LIBIA.

Libia, del sabio Lisipo  
(aquel que en mágicas ciencias  
fué aborrecido portento  
de Calabria, porque en ella  
á su régulo predijo  
no sé qué infeliz tragedia,  
en órden á que negaban  
dar á Fócas obediencia)  
hija soy. Sin más caudal,  
más patria, casa ni hacienda  
que sus libros ó sus tablas  
y aquella choza pequeña,  
vivimos los dos partiendo  
él el cielo y yo la tierra.  
Con esta inclinacion, si es  
que es inclinacion la fuerza,  
salí hoy al monte. Seguida  
de la montaraz caterva  
de sabuesos y ventores,  
lancé una manchada cierva;  
tras ella siguiendo el rastro  
me hallé, perdida la senda,  
sola en lo más intrincado  
de unas marañadas breñas.  
Las ramas apartar quise,  
cuando una boca funesta  
descubro, que de sí arroja  
un hombre en forma de fiera:  
vivo caduco esqueleto  
sobre cuya piel grosera  
barba y cabello caín  
desmenelados á crenchas.  
Vióme, y la voz perturbada,  
tardo el paso, macilenta  
la faz, viniéndose á mí,  
fué tal mi temor...

FÓCAS.

Espera,

no prosigas, que no sabes  
cuánto en mi ofuscada idea  
revuelves de confusiones,  
mujer, con lo que me cuentas.

¿Especie de fiera y hombre  
todavía se conserva  
donde hombre y fiera no hay?  
Venid, porque hasta que sepa  
qué parecido portento  
guarda mis primeras señas,  
no he de pasar adelante.

LIBIA. Yo seré, ya que eso intentas,  
la que procure guiarte  
dando hácia el sitio la vuelta.

FÓCAS. Guía, pues. Tú, hermosa Cintia,  
dispon, ya que aquí te quedas,  
que el aparatoso ruido  
de cajas y voces vuelva.

(Vánse Fócas con los soldados y Libia.)

CINTIA. Disponerlo si haré, pero  
quedarme no; porque atenta  
á complacer á un tirano,  
cuando él sube por aquella  
parte, lisonjeado el riesgo,  
tengo de subir por esta;  
que yendo delante yo,  
quizá será la accion nuestra. (Vánse.)

### MUTACION.

### ESCENA III.

Otro punto en lo más intrincado del monte. Á la derecha del actor una gruta. En el centro de la escena, desde poco más allá del proscenio y en direccion al foro, un grupo de árboles, arbustos y espeso ramaje, por detrás del cual habrá una senda practicable.

ASTOLFO, HERÁCLIO y LEONIDO, vestidos de pieles.

AST. ¡Detente, Leonido!

LEONIDO. ¡Aparta!

AST. ¿Es posible que á tan ciega  
resolucion, excediendo  
los cotos de mi licencia,  
hoy temerarios mi vida  
aventureis y la vuestra,

llegando á donde?...

**LEONIDO.** ¿Qué quieres,  
si esa música que suena  
tan nuevamente á mi oído  
apacible y lisonjera,  
tanto mi espíritu mueve,  
tanto mi atención despierta,  
y tanto mi afecto inclina,  
que tras su acento me lleva  
absorto y suspenso?...

**HER.** ¿Qué  
quieres, si ese horror que llena  
de nuevo escándalo el aire  
obra en mí con tanta fuerza  
que, tras su estruendo inflamado,  
con no sé qué ardor intenta  
ser volcán que enciende todos  
mis sentidos y potencias?  
(Suena música dentro.)

**LEONIDO.** ¿Pero qué mucho, si habiendo  
tantas veces oído en esta  
soledad la dulce salva  
con que con arpadas lenguas  
las aves la bienvenida  
dan á rosas y azucenas,  
nunca en su métrico canto  
oí música que suspenda  
tanto como esta, que hoy,  
con la ventaja que lleva  
lo sentido á lo trinado,  
se entiende sin que se entienda?  
(Suenan dentro cajas y clarines.)

**HER.** ¿Más qué mucho, si yo habiendo  
tantas veces en la densa  
estacion del año oído  
el rumor con que se quejan  
atormentadas las copas  
de las ráfagas violentas  
de los vientos. las montañas  
de las avenidas fieras  
de los arroyos, las nubes  
de las cóleras inquietas



de los relámpagos, nunca,  
oí estrépito que mueva  
tanto como el de ese que hoy,  
trueno de nube serena,  
parece que el corazón  
enciende, anima y alienta?

AST. ¡Ay de mí! que esos dos ecos,  
que uno irrita, otro recrea,  
temo que han de ser la ruina  
de los tres.

LOS DOS. ¿De qué manera?

AST. Porque saliendo á buscaros,  
al ver que de mí os alejan,  
me vió en esa oculta estancia  
una mujer; y es bien tema  
que con el asombro diga  
que me vió, y que...

HER. ¡Aguarda, espera!

¿Por qué, si una mujer viste,  
no me llamaste á que viera  
yo cómo es la mujer? Puesto  
que de cuantas cosas cuentas  
que hay en el mundo, ninguna,  
siempre que la nombras, llega  
á igualar con el halago,  
la caricia y la terneza  
con que su nombre se escucha;  
pues su blando rumor deja  
segundo ruido en el alma,  
que sin dar razon entera  
de lo que quiere decir,  
áun con la mitad deleita!

LEONIDO. Yo te agradezco que á mí  
no me llamas al verla,  
porque al contrario parece  
que en mí sus afectos muestra.  
Pues siempre que mujer dices,  
al oír su nombre tiembla  
el corazón, como que  
de algun contrario se acuerda,  
dejándome su sonido  
no sé qué susto, qué pena,

que acá en el alma parece  
que aún no sabida atormenta.

AST. ¡Ay Heráclio, qué bien juzgas!  
¡Ay Leonido, qué bien piensas!

HER. ¿Cómo puede ser, si son  
contrarias las ánsias nuestras,  
que él diga bien, y yo y todo  
juzgue bien?

AST. Como es cualquiera  
mujer pintura á dos visos;  
que, vista á dos haces, muestra  
de una parte una hermosura  
y de otra parte una fiera,  
sin que se sepa en cuál puso  
el arte más excelencia.  
El más familiar amigo  
de nuestra naturaleza  
es, y el enemigo más  
familiar de la fé nuestra.  
La media vida del alma  
es tal vez; tal vez la media  
muerte del alma. No hay  
regalo, Heráclio, sin ella,  
y sin ella no hay, Leonido,  
dolor ni ánsia. De manera  
que, mirada á entrambas luces,  
hace bien el que la tema,  
y hace bien el que la estime;  
porque, en igual competencia,  
ella da la vida y mata,  
ella es la paz y la guerra.  
Árbitro del bien y el mal,  
da el honor y da la afrenta:  
de modo que en este mundo  
no existe cosa que sea  
tan mala como la mala,  
tan buena como la buena.

LEONIDO. Ya que de hoy la novedad  
facilita la materia  
á que nos hables más claro  
que otras veces, no se pierda  
la ocasion de verte afable.

- Si es bien y mal ¿por qué niegas  
á los dos del bien las dichas  
ni del mal las experiencias?
- HER. Has dicho bien. ¿Hasta cuándo,  
padre, negarnos intentas  
la libertad? ¿No es ya hora  
de que sepamos quién seas  
y quién somos, y por qué  
á vivir aquí nos fuerzas?
- AST. ¡Ay, hijos míos! Sin que hoy  
esa novedad me mueva,  
la de mi cercana muerte  
os adquiere la respuesta.  
Y pues ya, jóvenes ambos,  
mi vida la edad abrevia,  
oid quién sois, el peligro  
que al salir de aquí os espera,  
y la razón por qué tuve  
vuestras fortunas suspensas.  
El emperador Mauricio,  
cristiano Atlante...

#### ESCENA IV.

GENTE dentro, DICHOS.

- UNOS. ¡Á la selva!
- OTROS. ¡Á la cumbre!
- HOMBRES. ¡Al monte!
- MUJERES. ¡Al llano!
- AST. ¡Ay de mí! ¿Qué voces truecan  
los pasados ecos?
- LEONIDO. Toda  
la montaña está cubierta  
de gente.
- HER. Venciendo vienen  
la cumbre.
- AST. Sin duda aquella  
mujer contra mí amotina  
ese vulgo.
- LOS DOS. ¿Qué hay que temas?
- AST. Que aunque tan desemejado

- monte, edad, traje me tengan,  
como haya quien me conozca  
peligro una vida vuestra.
- HER. Aunque hasta aquí es para mí  
enigma cuanto nos cuentas,  
no en defensa de mi vida,  
mas de la tuya en defensa,  
al paso les saldré, en tanto  
que con Leonido á la cueva  
vuelves, y de hojas y ramas  
la escondida boca cierras.
- LEONIDO. ¿Por qué has de pensar de mí  
que he de huir si tú te arriesgas,  
cuando primero que tú  
les saldré al paso por esta  
parte?
- HER. Pues yo por estotra.
- AST. Leonido, oye: Heráclio, espera.
- LEONIDO. Si el riesgo es que te conozcan,  
huye tú.
- AST. Esperáos.
- LEONIDO. Suelta. (Váse.)
- AST. Ved, mirad....
- HER. Salva tu vida,  
que importa más que la nuestra. (Váse.)

## ESCENA V.

ASTOLFO.

¡Ay de Leonido y Heráclio  
si estos hombres los encuentran!  
Y pues seguirlos no puedo,  
que intente ocultarme es fuerza,  
pues no hay contra ellos indicio  
mientras que yo no parezca!  
(Éntrase en la gruta.)

## ESCENA VI.

CINTIA, HERÁCLIO.

CINTIA. (Dentro.) Dejadme todos á mí,

pues yo he de ser la primera  
que lo descubra y castigue.

HER. (Dentro.) No harás, que hay quien le defienda.

CINTIA. (Saliendo.) ¿Quién podrá contra mis iras?

HER. (Dentro.) ¿Ni quién se opondrá á mis fuerzas?

(Saliendo y sorprendiéndose al ver á Cintia.)

Mas ¿qué miro?

CINTIA. (Sorprendida.) Mas ¿qué veo?

HER. ¡Qué bello animal!

CINTIA. ¡Qué fiera

tan espantosa!

HER. ¡Divino

asombro!

CINTIA. ¡Horrible presencia!

HER. Cuanto animoso esperaba,

tanto ya cobarde tiembla

mi corazón.

CINTIA. Cuanto vine

osada, altiva y resuelta,

ya sin mí mi vida dura.

HER. ¡Qué hermosura!

CINTIA. ¡Qué fiereza!

HER. Cizaña de dos sentidos,

pues con hurtados despojos

ántes de verte los ojos

te miraron los oídos,

¿quién eres, que suspendidos

los dejas?

CINTIA. ¿Quién he de ser?

Quien sin llegarse á valer

de honor que despues sabrás,

es una mujer no más.

HER. ¿Y qué más que una mujer?

Y si todas son así,

¿cómo hubo hombre que vivió?

CINTIA. ¿Luégo otra no has visto?

HER. No...

aunque presumo que sí.

CINTIA. ¿Cómo?

HER. Como el cielo ví;

y siendo el hombre en el suelo

breve mundo, en su azul velo

bien que ví la mujer fundo,  
pues si el hombre es breve mundo,  
la mujer es breve cielo.

CINTIA. Y tú que ignorante incurres  
en lo que atento mejoras,  
pues si como bruto ignoras  
no como bruto discurre,  
¿quién, eres que al paso ocurres  
tan fiero?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Quién fué  
un anciano que escuché  
ser de este monte horror fuerte?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Cómo de esta suerte  
en él vives tú?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Nada sabes?

HER. No indignada  
culpa tus iras me den;  
que no sabe poco quien  
sabe que no sabe nada.  
Y aunque estuviera informada  
de mí mi ignorancia...

CINTIA. Dí.

HER. Volviera, al ver que te ví,  
á ignorar.

CINTIA. ¿De qué manera?

HER. Como de mí no supiera,  
aunque supiera de mí.

CINTIA. Pues yo tengo de saber  
quién eres, ó de tu vida  
mi valor me hará homicida.

HER. ¿Qué poco tendrás que hacer!

(Cintia flecha el arco, y al ir á dispararle, deja  
caer todas las flechas.)

CINTIA. El temor me hizo perder  
las flechas.

HER. ¿Méno las echas?

CINTIA. ¿Pues no?

HER. No; que si aprovechas  
los ojos en dar desmayos,

quedándote con sus rayos  
¿qué falta te hacen las flechas?

CINTIA. ¿En tu aspecto lo feroz  
cuando en tu estilo lo fiel?  
Ó esa voz no es de esa piel,  
ó esa piel no es de esa voz:  
conque el discurso veloz  
de una en otra fantasía  
de nieve una estatua fria  
en mí va labrando ciego.

HER. En mí la labra de fuego.  
(Quedan ambos suspensos.)

## ESCENA VII.

DICHOS, LEONIDO, LIBIA y gente dentro. Leonido sale  
siguiendo á Libia, y se quedan en el lado opuesto al en que  
están CINTIA y HERÁCLIO.

LEONIDO. Bello escándalo del día,  
que has venido anticipado  
á esa gente que te sigue,  
porque al mirarte me obligue  
á que me halle mi cuidado  
suspense, absorto y turbado,  
¿quién eres?

LIBIA. Quien á buscar  
vino á otro, y en su lugar  
te halla; porque, en susto tanto,  
doblándose en tí el espanto  
en mí se doble el pesar.

LEONIDO. ¿Otro buscas y no á mí?  
Segundo susto eres ya.

LIBIA. ¿Pues qué cuidado te da  
que no busque á quien no ví?

LEONIDO. No sé; pero aunque temí  
que á darme muerte venía  
tu arrogancia, como vía  
cuán dulce muerte me daba,  
sentía que me mataba  
sin sentir que lo sentía.  
Mas cuando buscando vas

á otro, tan otro el mal es,  
que echo ménos que me des  
la muerte que no me das.  
¿Á quién, dí, buscando estás?

LIBIA. Á un anciano que hoy aquí  
en tu fiero traje ví.

LEONIDO. ¿Luégo tú vienes á ser,  
bello hechizo, la mujer  
que él dice que le vió?

LIBIA. Si.

LEONIDO. Luégo bien conmigo lucho  
si ser vida y muerte creo.

MUJERES. (Dentro.) ¡Cintia, Cintia!

HER. Mas ¿qué veo?

HOMBRES. (Dentro.) ¡Libia, Libia!

LEONIDO. Mas ¿qué escucho?

HER. Mucho es mi recelo.

LEONIDO. Mucho  
mi temor.

MUJERES. (Dentro.) ¡Espera!

HOMBRES. (Dentro.) ¡Aguarda!

CINTIA. Gente es que viene en mi guarda.

LIBIA. Gente es que seguirme intenta.

HER. Pues si tu luz me amedrenta,  
su fuerza no me acobarda.

LEONIDO. Pronto verás que no ha sido  
vil temor el que me ha dado;  
pronto verás que el que ha estado  
suspenso lidia atrevido.

HER. De cuantos hoy te han seguido  
ninguno aquí ha de llegar. (Váse.)

LEONIDO. Ninguno ha de traspasar  
el término que pasaste. (Váse.)

CINTIA. Corazon, el temor baste.

LIBIA. Recelo, baste el pesar.

CINTIA. Y pues saliendo al camino  
con otras dará, de él quiero  
huir, que á su asombro muero.

LIBIA. Y pues á otras manos vino,  
huir su vista determino.

(Mientras Cintia pasa por detrás del grupo de árboles del centro al lado en que estaba Libia,



ésta pasa por el proscenio á donde se hallaba Cintia. Vuelven á salir Heráclio y Leonido y las hallan trocadas.)

HER. Corriendo al fin desmandada  
la gente, sin que la entrada  
halle á este sitio volvió.

LEONIDO. Sólo aquí la voz llegó;  
y pues por ahora nada  
hay que temer, vuelva á ver  
al encanto de esta selva.

HER. Y así de un riesgo á otro vuelva  
al que da más que temer.

LEONIDO. Iman fué tu rosider.

HER. Norte ha sido mi deseo.

LEONIDO. Aquí lo que dudo creo.

HER. Aquí lo que toco admiro.

LIBIA. ¡Cielos, nuevo monstruo miro!

CINTIA. ¡Cielos, nuevo monstruo veo!

LEONIDO. ¿Cómo en tan breves instantes  
truecas las señas primeras?  
Bien me dijeron que eras  
animal de dos semblantes.

HER. Justo es que al verte me espantes;  
que aunque las rudezas mías  
ya sabían que podías  
mudar la cara á dos haces,  
no sé si bien ó mal haces  
en trocar la que tenías.

LEONIDO. Mas justo es agradecer  
la mudanza que hallo en tí,  
pues aunque bella te ví  
más bella te llego á ver.

HER. Y pues vuelvo á pretender,  
cobradas flechas y aljabas,  
la muerte que ántes me dabas,  
porque la agradezca más  
no me mates como estás,  
mátame como te estabas.

LIBIA. Yo soy quien debe extrañar  
el verte tan otro aquí.

CINTIA. Yo soy quien puede de tí  
las nuevas señas dudar.

:

- LIBIA. Mas no es tiempo de apurar... (Yéndose.)  
CINTIA. Mas no es tiempo de argüir... (Yéndose.)  
LIBIA. De tu bruto discurrir  
la causa.  
CINTIA. De tu rudeza  
la ocasion.  
LEONIDO. No tu belleza  
se ausente.  
HER. No te has de ir.  
LIBIA. Ten la mano, pues dejarte  
basta sin darte la muerte.  
CINTIA. No me toques, que en tan fuerte  
riesgo basta el no matarte.  
LEONIDO. No has de irte.  
HER. No has de ausentarte.  
UNOS. (Dentro.) ¡Libia!  
OTROS. (Dentro.) ¡Cintia!  
LIBIA. ¡Hacia este puesto  
venid!  
CINTIA. ¡Llegad, llegad presto,  
que aquí las fieras están!

## ESCENA VIII.

DICHOS, FÓCAS, SOLDADOS y ACOMPAÑAMIENTO. Salen por distintos lados y se agrupan en el proscenio. Luégo  
ASTOLFO.

- FÓCAS. (Dentro.) Voces Libia y Cintia dan.  
(Saliendo.) Acudid todos! ¿Qué es esto?  
CINTIA. Que habiendo el monte corrido...  
HER. (Al verla.) Dame albricias, corazon,  
que no son dos los semblantes,  
sino las mujeres dos.  
CINTIA. En esta parte encontré  
á este espanto.  
LIBIA. Yo á este horror,  
sin que el anciano parezca.  
FÓCAS. Fieras, en quien viendo estoy  
de mi primero linaje

la bruta especie, ¿quién sois?

LEONIDO. No sabemos de nosotros  
más de qué solo nos dió  
este monte la primera  
cuna, alimento el verdor  
de sus plantas, y este traje  
de sus brutos lo feroz.

FÓCAS. Hasta ahí supe yo de mí;  
pero vosotros mejor  
lo sabreis, pues un caduco  
anciano hay más que los dos.  
¿Dónde está?

LEONIDO. De él no sabemos.

HER. Ni tú sabrás.

FÓCAS. ¿Cómo no?

(Á los soldados.)

Registrad grutas y quiebras  
de este risco, que mostró  
que por más impenetrable  
será en él su habitacion.

SOLD. Aquí de ramas cubierta  
hay una boca.

LIBIA. Y si yo  
vuelvo á recorrer las señas,  
aquí le encontré, señor.

(Heráclio y Leonido corren á ponerse á la boca  
de la gruta en son de defender su entrada.)

FÓCAS. Entrad, pues, mirad su centro.

LEONIDO. Nadie ose llegar, si no  
quiere ántes morir.

FÓCAS. ¿Pues quién  
lo impedirá?

LEONIDO. Mi valor.

HER. Y el mio; porque primero  
que á esta lóbrega mansion  
ninguno entre, en su defensa  
hemos de morir los dos.

FÓCAS. Pero insensatos, ¿no veis  
cuánto vuestra pretension  
es imposible?

LEONIDO. Llegad,  
y lo vereis.

- FÓCAS.                   Á un error  
tan desatinado mueran,  
mueran pues!
- AST.                   (Saliendo de la gruta.) ¡Aqueso no!  
Si ellos han de morir, ménos  
importa que muera yo.  
Matadme á mí, y ellos vivan.
- FÓCAS.                   ¿Qué es lo que mirando estoy?
- LIBIA.                   Al que yo ví.
- CINTIA.                   ¡Qué portento!  
Llena estoy de confusion.
- FÓCAS.                   Yerto cadáver en quien,  
á despecho del veloz  
tiempo, á pesar de las canas  
é injuria de escarcha y sol,  
todavía en mi memoria  
guarda la imaginacion  
aquellas primeras señas  
con que te ví embajador,  
¿cómo aquí?... Pero no quiero  
que te amenace mi voz,  
cuando debo, agradecido  
al no esperado favor  
del hallarte, las albricias.  
Alza del suelo, y tu voz  
me diga si es de Mauricio  
el hijo que reservó  
de mis iras tu lealtad  
uno de estos.
- AST.                   Sí señor:  
hijo del noble Mauricio  
es el uno de los dos,  
á quien (porque nunca diera  
en manos de tu furor)  
crié en estos montes, sin que  
sepa quién es ni quién soy.  
Porque el tenerle así tuve  
á inconveniente menor  
que el mirarle en tu poder,  
ni de una gente que dió  
obediencias á un tirano.
- FÓCAS.                   Pues mira cuán superior

el hado á la diligencia  
manda. ¿Cuál es de los dos?

AST. Que es uno de ellos diré;  
pero cuál es de ellos no.

FÓCAS. ¿Qué importa ya que lo calles,  
si es inútil pretension  
para que no muera? Pues  
matando á entrambos, estoy  
cierto de que muera en uno  
el que aborrezco, y que no  
turbará nunca el imperio.

HER. Á ménos costa el temor  
podrá asegurarse.

FÓCAS. ¿Cómo?

LEONIDO. Vengando en mí tu aversion;  
que yo, á precio de ser hijo  
de un supremo emperador,  
daré contento la vida.

HER. Si en él dicta la ambicion,  
en mí la verdad.

FÓCAS. ¿Por qué?

HER. Porque yo sé que lo soy.

FÓCAS. Tú lo sabes?

HER. Sí.

AST. ¿Pues quién  
te lo ha dicho?

HER. ¡Mi valor!

FÓCAS. ¿Entrambos para morir  
competís por el blason  
de hijos de Mauricio?

LOS DOS. Sí.

FÓCAS. (Á Astolfo.) Dí tú, ¿cuál de los dos?

LOS DOS.

¡Yo!

AST. Que es uno mi voz ha dicho;  
cuál es no dirá mi amor.

FÓCAS. Eso es querer, por salvar  
uno, que parezcan dos.  
Soldados, mueran entrambos.

AST. Tú lo pensarás mejor.

FÓCAS. ¿Por qué?

AST. Porque no querrás,  
ya que el uno te ofendió

en vivir, te ofenda el otro  
en morir.

FÓCAS. ¿Por qué razon?

AST. Porque es el otro tú hijo;  
de cuya verdad te doy  
para testimonio esta  
lámina que á mí me dió  
con él, y con la noticia  
de ser tuyo, la afliccion  
de aquella villana en quien  
fué tan parlero el dolor. (Dále una lámina.)

FÓCAS. ¿Qué escucho y qué miro!

CINTIA. ¡Extraño  
suceso!

FÓCAS. ¿Quién, cielos, vió  
que cuando de mi enemigo  
y mia buscando voy  
la ignorada descendencia  
entre recelo y temor,  
tan equívocas encuentre  
una y otra sucesion  
que impida el golpe del odio  
el escudo del amor?  
Mas tú dirás uno y otro  
quién es.

AST. Eso no haré yo!  
Tu hijo ha de guardar al hijo  
de mi rey y mi señor.

FÓCAS. No te valdrá tu silencio;  
que la natural pasion  
con experiencias dirá  
cuál es mi hijo de los dos.

AST. No te creas de experiencia  
de hijo á quien otro crió;  
que apartadas crianzas tienen  
muy sin cariño el calor  
de los padres, y quizás  
errando la inclinacion  
darás la muerte á tu hijo.

FÓCAS. Con eso el duro rigor  
de dártela á tí me impones.  
si no declaras quién son.

- AST.** Así quedará el secreto  
en seguridad mayor.
- FÓCAS.** Pues no te daré la muerte,  
caduco, loco, traidor,  
sino guardaré tu vida  
en encierro tan atroz,  
que lo prolijo en morir  
te saque del corazón  
á pedazos el secreto.  
(Échale en el suelo y levántanle los dos.)
- HER.** No le ultraje tu furor.
- LEONIDO.** No tu saña le maltrate.
- FÓCAS.** Pues qué, ¿amparáisle los dos?
- LEONIDO.** Si él nuestra vida ha guardado,  
¿no es primera obligación  
de todas guardar su vida?
- FÓCAS.** ¿Luégo á ninguno mudó  
la vanidad de que pueda  
ser hijo mio?
- HER.** Á mí no.  
Pues más quiero morir hijo  
de un supremo emperador,  
que vivir de una villana  
hijo natural.
- LEONIDO.** Y yo.  
Que aunque ser tu hijo tuviera  
á soberano favor,  
no me ha de exceder á mí  
Heráclio en la presuncion  
de ser lo más.
- FÓCAS.** ¿Y es lo más  
Mauricio?
- LOS DOS.** Sí.
- FÓCAS.** ¿Y Fócas?
- LOS DOS.** ¡No!
- FÓCAS.** ¡Ah venturoso Mauricio!  
¡Ah infeliz Fócas! ¿Quién vió  
que para reinar no quiera  
ser hijo de mi valor  
uno, y que quieran del tuyo  
serlo para morir dos?  
(Á Astolfo.) Y pues del fatal secreto

que tanto importa á mi amor  
sólo eres dueño, volviendo  
á mi primera intencion  
te harán hablar hambre y sed,  
desnudez, frio y dolor.

(Á los soldados.)

¡Llevalle preso!

LEONIDO. Primero

arrestados en su pro  
nos verás!

FÓCAS. Eso es querer  
qué, abandonado el amor  
con que al uno busqué, en ambos  
se vengue mi indignacion.  
¡Á todos tres los prended!

(Los soldados avanzan á cumplir la órden, y se detienen al ver la fiera actitud de ambos.)

HER. Primero pedazos yo  
me dejaré hacer!

LEONIDO. Primero

morireis todos!

FÓCAS. Su error  
los castigue! ¿Qué esperais?

(Á los soldados.)

Si no se dan á prision,  
mueran!

AST. No mi vida, hijos,  
así os empeñe.

LIBIA. (Á Fócas, suplicante.) Señor...

FÓCAS. Nada me digais; que al ver  
que hay quien desdeña mi honor,  
tengo un volcan en el pecho  
y un Etna en el corazon. (Váse.)

CINTIA. (Ap. y siguiendo á Fócas con Libia, las damas y el séquito, y mirando á Heráclio enternecida.)

¡Oh, quién pudiera impedir  
tantas desventuras hoy!

(Vánse. Mientras estas últimas palabras de Fócas y Cintia, Heráclio dice algunas en secreto á Leonido, que las acoge con sonrisa de satisfaccion, asintiendo á ellas. Los soldados, que se adelantan á prenderlos, se detienen al decirles Leonido con



imponente ademán.)

LEONIDO. Un momento.

HER. (Á Astolfo en voz baja, y con suma rapidez.)

En el ocaso

ya oculta su llama el sol:  
escóndete en la espesura!

LEONIDO. (Á Astolfo del mismo modo.)

Aquí quedamos los dos  
para estorbar...

AST. Yo no os dejo.

LEONIDO. ¿Dudas de nuestro valor?

HER. Sálvate para salvarnos!

LEONIDO. Huye al instante, ó por Dios!...

HER. ¡Huye!...

(Ambos le empujan fuera de la escena. En seguida cada cual de ellos se lanza sobre un soldado, le arranca la espada, y armados, defienden la huida de Astolfo.)

SOLD. ¡Corred tras el viejo!

HER. No será, que mi furor  
os lo ha de impedir.

LEONIDO. ¡Y el mio,

rayo que el cielo abortó!

(Luchan, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

### CUADRO PRIMERO.

---

Salon del palacio de Focas.

### ESCENA PRIMERA.

CINTIA y LIBIA: ésta sentada á los piés de aquella.

CINTIA. Parecidas fortunas  
dan á entender ser las estrellas unas;  
y de esta simpatía  
se engendran los cariños.

LIBIA. Pues la mia  
¿en qué, señora, pudo confrontada  
simbolizar la tuya?

CINTIA. En la pasada  
accion, donde, llegando las primeras,  
fuimos las que de aquellas creídas fieras  
el centro descubrimos,  
y las primeras que en su estilo vimos  
que tenía, tratable la rudeza,  
escondida no ménos extrañeza

que la que el caso infiere.  
Y por si alguna vez hablar quisiere  
en lo turbada que al mirar me tuvo,  
ántes tan fiero. al que despues estuvo  
conmigo tan rendido,  
con Fócas tan severo,  
que osó morir primero  
que creer lo ménos noble á su destino,  
y, en fin, tan leal, tan fino  
con la piedad del venerable anciano,  
es bien que á tí te tenga más á mano.  
Así por uno y otro he de llevarte  
conmigo.

LIBIA. Otra y mil veces á besarte  
vuelvo la mano. Pero cuando se halla  
mi padre...

CINTIA. No prosigas: calla, calla;  
que, la gente dejando,  
Fócas con él viene en secreto hablando.

LIBIA. Pues si es secreto, demos  
para él lugar; de aquí nos retiremos.

CINTIA. ¡Cuánto mejor será, ya que aquí estamos,  
pues es secreto...

LIBIA. ¿Qué?

CINTIA. Que lo sepamos

LIBIA. Pues si de eso te agradas,  
desde aquí los oigamos, amparadas  
de esta cortina.

CINTIA. Ven. (Ocúltanse.)

## ESCENA II.

FÓCAS, LISIPO: CINTIA y LIBIA escondidas.

FÓCAS. Agradecido,  
Lisipo, á la ocasion de tu destierro  
(que ya sé que fué en órden á que el yerro  
del de Calabria amenazó tu ciencia,  
por negar á mis feudos la obediencia),  
y aunque por más que de esto  
á darte el galardón estoy dispuesto,

otro es el fin con que hoy honrarte trato.

LISIPO. Á tanto honor no me hallarás ingrato.

FÓCAS. Yo vine...

LISIPO. Ya lo sé: con ansia fuerte  
de dar una corona y una muerte.

FÓCAS. Cuando tarde esperaba  
que hallase mi deseo á quien buscaba,  
vine á encontrar con él al primer paso.

LISIPO. Estudio es de los cielos el acaso.

FÓCAS. Mas con tan rara confusion, tan nueva,  
como es el no saber á quién se deba  
el odio ni el amor.

LISIPO. Para ese efeto  
prender mandaste al dueño del secreto.

FÓCAS. Pusiéronse los dos en su defensa.

LISIPO. Fué noble accion.

FÓCAS. Así el valor lo piensa,  
juzgando, al ver aún contra mí sus bríos,  
que eran entónces ambos hijos míos.  
Huyeron por las sombras amparados  
Astolfo y ellos dos, y en tal suceso  
mandé sitiar el monte á mis soldados [preso.  
y que al que encuentren traigan muerto ó  
Mas ahora, pues yo sé que la experiencia,  
Lisipo, de tu ciencia  
lo más oculto alcanza,  
y pues fundo en tus artes mi esperanza,  
dime: ¿cuál es mi hijo?

CINTIA. (Oculta, á Libia.) ¡Oh, quién pudiera  
Libia, estorbarlo!

LIBIA. Yo.

CINTIA. ¿De qué manera?

LIBIA. Habla á mi padre tú, mientras retiro  
á Fócas yo.

FÓCAS. Si en tu noticia miro  
logrado mi deseo, que has de verte  
piensa...

LISIPO. No más. El que!..

LIBIA. (Dentro.) ¡Que me dan muerte!  
¡Fócas! ¡Padre! ¡Señor!...

LISIPO. ¡Ay de mí! Aquella  
voz es de Libia.

FÓCAS. Corro á socorrella. (Váse.)  
LISIPO. Yo voy...

### ESCENA III.

LISIPO, CINTIA.

CINTIA. (Deteniéndole.) Cobra la accion helada y fria.  
Esa voz no es de Libia, sino mia.

LISIPO. ¿Tuya es?

CINTIA. Mia: con ella á estorbar llego  
que pueda tu noticia hacer que, ciego  
de ira, Fócas dé muerte  
al hijo de Mauricio; que es muy fuerte  
dolor que, cuando el desengaño acuda,  
valga una vida ménos que una duda.  
Y pues al cielo ofendes, si á él le obligas,  
muévate la piedad; no se lo digas,  
ó verás, siendo otro tu homicida,  
si es buen precio una duda de una vida!  
(Vuelve á ocultarse.)

LISIPO. Pues ¿cómo si...

### ESCENA IV.

LISIPO, FÓCAS, LIBIA.

FÓCAS. Detente.

No tu cansada edad el paso aliente:  
desvía ya el temor; delirio ha sido  
de un sueño.

LIBIA. Tan ladron de mi sentido  
robado le tenía  
con las especies de la fantasía,  
que debieron veloces  
(yo no lo sé) de prorumpir en voces.

LISIPO. En albricias del gusto  
de verte libre, te perdono el susto.  
Retírate de aquí.

(Váse Libia á donde está Cintia.)

LIBIA. (Á Cintia.) ¿Qué ha sucedido?

CINTIA. Que ya está del silencio prevenido.

- FÓCAS. Pues el daño, Lisipo, que esperamos  
fué una ilusion, prosigue.
- LISIPO. ¿En qué quedamos?
- FÓCAS. En que, aún ántes de vellos,  
los has de conocer.
- LISIPO. Sí; porque de ellos  
tu hijo es...
- CINTIA. (¡Ay infelice!)
- LISIPO. El que...
- CINTIA. (Sobre mi aviso se lo dice!)
- LISIPO. El que... (Finge no poder hablar.)
- FÓCAS. ¿Que te enmudece?
- LISIPO. No lo sé: sólo sé que me estremece,  
al nombrarle, un temor.
- FÓCAS. ¿Qué te acobarda?
- LISIPO. Cierta deidad que esotra vida guarda.  
Tú no la ves; yo sí: enojada y bella,  
con el dedo en los labios los míos sella.  
No me mandes que diga,  
pues á callar otro poder me obliga,  
lo que ni sé ni puedo...  
¡Qué ansia, qué espanto! (Váse.)

## ESCENA V.

FÓCAS, y á poco CINTIA y LIBIA.

- FÓCAS. Y ¡qué pavor, que ¡iedo  
es el que ha introducido  
tu asombro en mí! Mas ¿cómo yo á partido  
doy mi furor, si todo el cielo opuesto  
á mí no ha de poder...
- CINTIA y LIBIA. (Saliendo.) Señor, ¿qué es esto?
- CINTIA. ¿Tú la voz destemplada?
- LIBIA. ¿Tú perdido el color?
- LAS DOS. ¿Qué ha sido?
- FÓCAS. Nada.

Quise que me dijera  
Lisipo, por su mágica, la esfera  
del hijo de Mauricio;  
y, perturbado de un letargo el juicio,  
no sé qué alto poder convierte en hielo

SU VOZ.

CINTIA.

Yo sí.

FÓCAS.

¿Tú?

CINTIA.

Yo.

FÓCAS.

¿Quién es?

CINTIA.

El cielo,

que una inocencia ampara.

¿Qué culpa á un desdichado es nacer, para  
que á tus cóleras nazca destinado?

¿No le basta nacer á un desdichado?

Pues siendo así, tu gracia á ambos reciba:  
á sombra del amor el odio viva.

Y en cuanto á que te deje sospechoso  
la duda que te queda

que de Mauricio el hijo alterar pueda  
el imperio, es engaño;

pues no constando nunca el desengaño,  
podrás dejar de tu laurel la herencia  
á quien más te inclinare la experiencia.

Que aunque apagan el fuego las mudanzas  
de apartadas crianzas,

¿qué falta el fuego hará, cuando á ver llego  
que la sangre no más arde sin fuego?

FÓCAS.

Si capaz estuviera

yo de razon, la tuya me venciera.

Mas ¿qué rumor...

## ESCENA VI.

DICHOS: ASTOLFO, preso, ISMENO y SOLDADOS.

ISMENO.

Apénas á la oscura

noche siguió del sol la lumbre pura,  
cuando al monte volvimos

y en él á Astolfo desmayado vimos,  
sin acudir á reparar sus daños

el fatigoso peso de sus años.

Y como divididos

dejó la noche á todos, esparcidos  
por el monte los dos no parecieron;

que quizá por hallarle le perdieron.

AST

Sólo esta vez ufano,



puesto á tus piés, besára yo tu mano.

FÓCAS. ¿Por qué ufano esta vez?

AST. Porque me advierte

mi ventura que al fin logré mi muerte.

FÓCAS. Yo, Astolfo, aunque no prudente

sea, hoy he de parecerlo  
en mudar consejo. Ya  
no tan sólo no me ofendo  
de tu lealtad, pero ántes  
en la parte te agradezco  
de la crianza de un hijo;  
bien que empieza el argumento  
de que le tenga por tí,  
cuando por tí no le tengo.

Y pues el semblante miras  
mudado con el consejo,  
dime cuál es de los dos,  
y con el otro te ofrezco  
templar la cuerda á mi enojo.

AST. Si yo, señor, poco atento  
á Dios, á mi fe y á tí,  
pensara engañarte, es cierto  
que con trocar á los dos  
viera al hijo de mi dueño,  
aunque con nombre de tuyo,  
restituido en su imperio,  
y que si al otro matabas  
matabas al tuyo. Pero  
sobre que no quiera Dios  
que yo dé ni quite reinos,  
es tan igual, es tan una  
la fé con que á los dos quiero,  
que ántes que hablando aventure  
al uno, moriré. Y puesto  
que no tengo de mentirte,  
ni decirte verdad tengo,  
toma la resolucion  
que quisieres; advirtiéndome,  
señor, que no será mucho  
que cuando leal y cuerdo  
te da mi silencio un hijo,  
dés otro tú á mi silencio.

FÓCAS. Cuantas razones escucho  
y cuantas acciones veo,  
todas me arguyen, y todas  
me convencen; y aunque tengo  
tan en el alma arraigado  
el rencor, esta vez quiero,  
con poco usada templanza,  
moderar mis sentimientos.  
Vive tú, pues, y ellos vivan,  
hasta que diga el afecto  
de la sangre la verdad.  
Y pues ya conmigo intento  
que asistan los dos y sean  
iguales sus tratamientos,  
dime, con este seguro,  
dónde los hallaré.

AST.

Eso

mal puedo saberlo yo.

FÓCAS.

Fuerza será que de nuevo  
se registre todo el monte.

CINTIA.

Quizás, señor, es perderlos;  
pues no sabiendo á qué fin  
vuelven gente, armas y estruendo,  
á la fuga ó la defensa  
los aventuras.

LIBIA.

Es cierto.

FÓCAS.

Pues, ¿qué he de hacer?

AST.

Yo, señor,

ya que reducido creo  
tu enojo al mejor partido,  
daré para hallarlos medio.  
Manda que dulces clarines  
y músicos instrumentos  
rompan los aires, bien como  
otra vez que los oyeron;  
pues no dudo que escuchando  
festivos hoy sus acentos,  
lo que hizo el acaso ántes,  
ahora lo haga el intento.  
Así advertirlos podrá  
cualquiera que llegue á verlos  
de tu resguardo.

- FÓCAS. Bien dices.
- LIBIA. Pues si te agrada el consejo,  
supuesto que no has de ir  
tú con tu gente, me ofrezco  
á ir con la música yo.
- CINTIA. Ya que ella eligió primero,  
iré con gente y clarines.
- FÓCAS. Á entrambas os lo agradezco.  
(Á Astolfo.) Y tú, porque no presumas  
que me burlaste sin riesgo,  
tus días has de acabar  
dentro de una torre preso.  
¡Llevalde de aquí en seguida!
- AST. ¡Ay lealtad, en qué me has puesto!  
¡En qué me has puesto, fortuna!  
(Vánse todos ménos Fócas.)

## ESCENA VII.

FÓCAS: luego LISIPO.

- FÓCAS. ¿No me dirás, pensamiento,  
cuál experiencia en los dos  
hiciera, que fuera medio  
de dar luz al desengaño  
y aclarar este misterio?  
¿Cómo saber... Mas Lisipo  
ya vuelve aquí. ¿Qué hay de nuevo?
- LISIPO. Que apenas, señor, cobrado  
de aquel frenesí violento  
me hallo, euando cuidadoso  
de haber visto á Astolfo preso,  
á saber lo que resulta  
de tan gran novedad vengo.
- FÓCAS. ¿Qué ha de resultar, si lo  
que (á pesar del sufrimiento)  
haya de capitular  
con la pereza el deseo,  
hasta que más gratas horas,  
aquilatados los pechos,  
muestren el oro y la liga  
amor y aborrecimiento?

LISIPO. Aunque todavía me tiene temeroso aquel suceso, por ver que á mi ciencia niega quienes son, con todo eso he de ver si tambien manda que no se anticipe el tiempo. ¿Tendrás ánimo...

FÓCAS. ¿Qué dices?  
¿Estás sin juicio, sin seso?  
¿Si tendrá ánimo preguntas á Fócas?

LISIPO. Que oigas te ruego.  
¿Tendrás ánimo de ver, en fantásticos efectos, á la breve edad de un día reducido hoy el entero círculo de un año, en que representados sucesos, ántes de verse, te digan todos los acaecimientos que en el año vieras?

FÓCAS. Ya  
cuanto al ánimo te tengo respondido; y así paso á otra objeccion que no entiendo. Si han de ser fingidas sombras sin vida, sin alma y cuerpo las que vea, ¿cómo yo de ellas haré juicio, puesto que, obrando sin albedrío los que á ley de tu precepto representen á los dos, ni saber ni inferir puedo lo que ellos con él obrarán?

LISIPO. La objeccion es justa, pero fácil la respuesta.

FÓCAS. ¿Cómo?

LISIPO. Como han de ser ellos mismos.

FÓCAS. ¿Ellos mismos?

LISIPO. Sí.

FÓCAS. Otra vez dime: ¿cómo (á dudar vuelvo)

sombra y realidad podrán  
avenirse?

LISSIPO. Como dentro  
del encanto han de ser reales  
personas...

FÓCAS. ¿Quién?...

LISSIPO. Tú, yo y ellos.

FÓCAS. ¿Ellos, tú y yo?... ¿Cómo?

LISSIPO. Dime

si quieres, y en el momento  
podrás ver lo que deseas  
con tal ansia.

FÓCAS. Pues sí quiero.

LISSIPO. Ven conmigo.

FÓCAS. Si hoy, fortuna,  
el curso del año abrevio,  
y en él me dice un exámen  
lo que me calla un silencio,  
yo me vengaré de Astolfo! (Vánse.)

### MUTACION.

Monte espeso.

### ESCENA VIII.

HERÁCLIO y LEONIDO, que salen por lados opuestos.

LEONIDO. ¡Astolfo!

HER. ¡Astolfo!

LEONIDO. Aún el eco  
no me responde.

HER. Aún le faltan  
suspiros para mi aliento.

LEONIDO. ¡Heráclio!

HER. ¡Leonido!

LEONIDO. ¿Ha estado  
contigo Astolfo?

HER. Lo mismo  
preguntára yo, á tener

tan bien mandado el aliento.  
Desde aquella oscuridad  
que nos dividió, no he vuelto  
á verle.

LEONIDO. Ni yo tampoco.

HER. ¿Si le han prendido ó le han muerto  
los que arrestados le buscan,  
segun mi infeliz suceso?

LEONIDO. De todo tienes la culpa.

HER. ¿Yo? Cómo?

LEONIDO. ¿Pues no es muy cierto,  
si tu vanidad fué quien  
más adelantó el empeño?  
¿Tan mal le estaba al que nace  
echado al umbral de un yermo,  
hijo expósito del hado,  
hallarse al viso de serlo  
de quien coronado César  
supo hacerse por sus hechos,  
para que, estimando más  
á Mauricio que á él, el fuego  
encendiese de sus iras  
al aire de sus desprecios?

HER. ¿Por qué, si fué culpa en mí  
esa vanidad, tan presto  
la seguiste tú?

LEONIDO. Porque  
debe, aunque conozca el yerro,  
un noble ánimo seguir  
los ejemplares del riesgo;  
que dicen que es más victoria  
lo restado que lo cuerdo.  
¿Fuera bien que presumiera  
nadie, cuando tú soberbio  
osabas morir, que yo  
no osaba?

HER. Pues, segun eso,  
¿qué culpas que obré lo más?

LEONIDO. El que bastaba lo ménos.

HER. Si á ti bastaba, á mí no,  
y la plática dejemos. (Suenan músicas.)

LEONIDO. Pero ¿qué música es esta?

Cuando esperamos que estruendos  
de armas vuelvan á buscarnos,  
¿vuelven dulces instrumentos?

LEONIDO. Sigamos de este rumor  
el armonioso acento;  
que él, pues que viene de paz,  
quizá del cuidado nuestro  
nos informará. (Váase.)

HER. Bien dices.

## ESCENA IX.

HERÁCLIO y CINTIA.

CINTIA. Ya al uno de los dos veo,  
y no le pierdo el temor,  
aunque el asombro le pierdo.

HER. Segunda aurora del día,  
si esos tonos, que no entiendo,  
acaso son salva que hacen  
nuevos pájaros á nuevo  
sol, ¿cómo, dí, de una causa  
nacen contrarios efectos,  
tanto como que, animoso  
y cobarde á un mismo tiempo,  
me aliente con lo que escucho,  
y tiemble con lo que veo?  
¿Y cómo, habiéndote dado  
esta fiera tanto miedo,  
vuelves, no digo al peligro,  
sino al horror del aspecto?

CINTIA. Infeliz jóven (en quien  
preso el corazón contemplo),  
aunque tu vida temí,  
me aseguró tu respeto  
tanto, que vuelvo á buscarte.

HER. Primer hermoso portento  
que ví, y postrero también  
que veré, porque no creo  
que pueda contigo ir  
la perfección en aumento,  
¿tú á buscarme á mí?

CINTIA.

Á buscarte.

Mas no el desvanecimiento  
te persuada á que es favor,  
sino cuidado, supuesto  
que si encontrara á tu amigo  
á él le dijera lo mismo.

HER.

¿Qué no entendido lenguaje  
es ese, que lo agradezco  
en una parte, y en otra  
me parece que lo siento?  
¿Á mí me buscas, y á él  
le buscarás? ¿Lo que espero  
que me digas le dijeras?  
¡Ay de mí, que agora veo  
que ya que en mudar semblantes  
me engañó el primer concepto,  
no me ha engañado el segundo  
al cifrar en un sujeto  
la quietud y la tormenta,  
la tristeza y el contento,  
y finalmente...

CINTIA.

No más.

Y pues dora atrevimientos  
quien ignora con quién habla,  
oye y sabrás á qué vengo.  
Habiendo prendido á Astolfo...

HER.

¡Ay de mí! ¿Astolfo está preso?

CINTIA.

Persuadido á sus razones,  
si no á las mias primero,  
Fócas envía por tí.

HER.

¿Es posible? Según eso  
debió de decirle que era  
su hijo yo.

CINTIA.

¿Y qué sientes?

HER.

Siento

que, cuando desvanecido  
quisiera con vivo empeño  
ser á tus ojos lo más,  
soy en tus labios lo ménos.

CINTIA.

¿Y no pudiera ser que  
por tí enviara, sabiendo  
serlo de Mauricio?



HER.

No.

CINTIA. ¿De qué lo infieres?

HER.

Lo infiero

de que por matarme fuera,  
y no vinieras tú á eso;  
que no quisiera matarme  
con tan hermoso instrumento,  
que le pudiera decir:  
no blasones que me has muerto;  
que no eres tú el que me matas,  
que yo soy el que me muero.

CINTIA.

Porque sepas que no es  
uno ni otro, á decir vuelvo  
que Fócas, á mis razones  
y á las de Astolfo, ha dispuesto  
que tú y esotro Leonido,  
si es que del nombre me acuerdo,  
vais á su palacio, donde  
con iguales tratamientos  
vivais los dos sin saber  
mas de tí que de él, haciendo  
razon de estado la duda.

Así, el enojo depuesto,  
con señas de paz por ambos  
envía; y pues yo te encuentro,  
sea yo la que conmigo  
te lleve, porque deseo  
que mi fineza se logre.

HER.

Buen arbitrio halló el ingenio  
que me quiso reducir  
al yugo de sus imperios,  
pues supo hallar el imán  
de mis sentidos; que, ciegos  
girasoles, es forzoso  
que vayan al sol siguiendo.  
Guía pues. No porque voy,  
como dices, á un supremo  
alcázar, sino porque  
voy tras tí; que á no ser eso,  
primero que á Fócas diera,  
por el natural despego  
con que aborrezco su nombre,

ni la sombra de un afecto,  
quizá...

CINTIA. Pues á nadie digas  
tu oculto aborrecimiento,  
que ignoras lo que aventuras.  
Porque veas... Mas no puedo  
proseguir, que llega gente:  
lo que ahora no te advierto  
te diré en otra ocasion,  
porque te importa el saberlo.

### ESCENA X.

DICHOS: LIBIA, LEONIDO y acompañamiento .

LIBIA. Ya que yo tuve la dicha  
de hablarte con el intento  
que te he dicho, de que vas  
donde en el palacio excelso  
de Fócas vivas gozoso,  
sígueme.

LEONIDO. Ya te obedezco,  
agradecido á la causa  
que dices, si considero,  
dure ó no dure la duda,  
que á vivir voy por lo ménos  
este espacio en reales pompas  
altivo, alegre y contento.

CINTIA. ¡Libia!

LIBIA. Señora...

CINTIA. Pues ántes  
que lo digas el efecto  
lo dice, y que á la armonía  
acudió Leonido á tiempo  
que á los clarines Heráclio,  
vamos á palacio luégo,  
ufanas de haber logrado  
de Fócas el justo intento.

HER. Sin duda la más hermosa  
tiene en las demas imperio,  
pues todas se le avasallañ.

LEONIDO. No sólo ya el gozo llevo

de ir á mandar, sino el gozo  
de que voy á dónde puedo  
ver hermosura á quien todas  
parece que pagan feudo.

## CUADRO SEGUNDO.

---

Salon fantástico entre risueños verjeles.

## ESCENA PRIMERA.

HERÁCLIO y LEONIDO, ricamente vestidos: LISIPO y COR-  
TESANOS.

HER.      Cuanto veo, cuanto escucho  
¿es verdad ó vanidad  
de mis sentidos?

LISIPO.                      Verdad.

LEONIDO. Los asombros con que lucho  
¿son, cuando en tal confusion  
el sentido los admira,  
mentira ó verdad?

LISIPO.                      Mentira.

HER.      ¿Verdad y mentira son?  
¿Cómo puede ser?

LEONIDO.                    ¿Quién vió  
la duda en que yo me ví?

HER.      ¿No es verdad lo que veo?

LISIPO.                      Sí.

LEONIDO. ¿No es verdad lo que oigo?

LISIPO.                      No.

## ESCENA II

DICHOS: LIBIA, DAMAS.

LIBIA. Príncipes, á quien el cielo  
con prodigiosa crianza,  
no sin suma providencia,  
para grandes cosas guarda;  
Fócas, reducido á que  
es más heróica, más clara  
accion honrar á la ajena,  
que ver que á su sangre falta,  
por los dos envió; de cuyo  
intento, ya en la montaña  
de paz os dieron aviso  
una y otra dulce salva.  
Seais bien venidos, pues,  
á este soberano alcázar,  
en donde con alborozo  
igual afecto os aguarda.

HER. ¿Cómo no ser bien venidos  
donde está belleza tanta?

LIBIA. Esperad aquí: yo á Fócas  
voy á anunciar la llegada  
de Cintia, á quien obedece  
por reina toda Trinaeria.  
(Váse acompañada de Lisipo.)

## ESCENA III.

HERÁCLIO, LEÓNIDO. Luégo FÓCAS, LISIPO y acompañamiento.

HER. ¡El alma tengo suspensa  
mirando grandeza tanta!  
¿Esto, cielos, no gozó  
tanto tiempo mi ignorancia?

LEÓNIDO. Aunque es mucho lo que veo,  
ó poco me admira ó nada;  
porque para mi ambicion  
aún más que miro me falta.

LISIPO. (Ap. á Fócas, al entrar con él en la escena.)

Pues cumplí lo prometido,  
señor, ya es tiempo que salgas.—  
A besar tus manos llegan.

FÓCAS. Bien les asientan las galas.  
Briosos son los dos.

LISIPO. (Á Leonido.) El rey  
que llegues, señor, aguarda.  
(Á Heráclio.) El rey que llegues espera

LEONIDO y HER. Dame, gran señor, tus plantas.

FÓCAS. Ya os habrán dicho que yo,  
príncipes, la ira templada,  
quiero más dar dos honores  
que tomar una venganza.  
Ya en un palacio, de donde  
á la córte ireis mañana,  
os hallais; vivid seguros  
de que vuestras vidas guarda,  
en la piedad de una duda,  
el rigor de una esperanza.

HER. Otra vez tus plantas beso  
(tiranía, ¡qué no arrastras!),  
y en ellas, agradecido  
á tanto honor, dicha tanta,  
esclavo, ya que no puedo  
hijo, te doy palabra  
de reconocer la vida  
que en mí y Leonido restauras;  
porque viviendo los dos  
dos vidas boy con un alma,  
cada uno recibe una  
y queda deudor de entrambas.

FÓCAS. (Ap.) ¡Qué bien suena el rendimiento!—  
¡Por qué, Leonido, te apartas  
y las gracias no me das?

LEONIDO. ¿De qué te he de dar las gracias?  
Si es del honor, por cualquiera  
lado á mi sangre le alcanza.  
Si es de la vida, con ella,  
más que me obligas, me agravias,  
pues, ó por tí, ó por Mauricio,  
acreedor soy á la sacra  
diadema; y mientras me pones

en duda dicha tan alta,  
¿para qué quiero la vida?  
FÓCAS. (Ap.) ¡No suena mal su arrogancia!

#### ESCENA IV.

DICHOS, LIBIA. Luégo CINTIA y acompañamiento.

LIBIA. Habiendo sabido Cintia  
que ya en esta quinta estabas  
y los príncipes contigo,  
licencia de entrar aguarda  
á darles la bienvenida.

FÓCAS. Que llegue la dí.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) Repara  
que no son Cintia ni Libia  
las dos, sino...

FÓCAS. (Ap. á Lisipo.) ¿Qué te cansas  
en advertirme, si en todo  
estoy?

LEONIDO. ¿Quién es la que aguarda?

HER. ¿Quién es la que espera?

FÓCAS. Es  
Cintia, reina de Trinacria.  
(Salen Cintia y las damas.)

HER. ¿No es la que en el monte ví?

LEONIDO. ¿No es la que ví en la campaña?

HER. Ella es. ¡Muera mi deseo!

LEONIDO. Ella es. ¡Viva mi esperanza!

CINTIA. (Á Fócas.) Despues, señor, que mis dichas  
dádoos el parabien hayan  
de vuestra vida y fortuna,  
dadme licencia á que añada  
el segundo parabien  
de que merezca mi casa  
que huéspedes tan gloriosos  
hoy vengán, cual vos, á honrarla.

HER. (Turbado.) Sólo pudiera en respuesta,  
al gozar la soberana  
vista vuestra... yo... sí... cuando...  
¡Aliento y voces me faltan!

Perdonad, porque el saber  
quién sois me turba y espanta  
tanto, que aún hablar no puedo.

LEONIDO. (Con resolución.) Pues diga yo lo que él calla.

Sólo pudiera en respuesta,  
al gozar la soberana  
vista vuestra, prometeros,  
aunque parezca arrogancia,  
que si el acaso no hubiera  
dispuesto que la gozara  
yo por fortuna, tendría  
para ventura tan alta,  
quien no supo merecerla,  
aliento para ganarla.

FÓCAS. (Ap. á Lisipo.) Lo bien y mal explicado  
de los dos también me agrada,  
sin que nada inferir pueda  
para el exámen del alma;  
porque no está decidido,  
en el duelo de las damas,  
si es cobarde el que se atreve,  
ú osado el que se acobarda.

(Tocan dentro un clarín y sale un criado.)

CRIADO. Señor, un embajador  
del régulo de Calabria  
audiencia pide.

FÓCAS. Dí que entre.

## ESCENA V.

DICHOS: un EMBAJADOR.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) Su misma forma retrata,  
sucediendo lo que habría  
de suceder.

EMB. Á tus plantas  
tu Augusta mano merezca,  
César.

FÓCAS. Del suelo levanta.

EMB. El insigne Federico,  
sabiendo que hoy en Trinacria  
te encuentras, á tí y á Cintia

parabienes dar me manda:  
recordándote por mí  
que, siendo hijo de Casandra,  
hermana del infelice  
Mauricio cuya desgracia  
el mundo llora, no sólo  
te debe rendir las parias  
que al imperio pagó, sino  
que, puesto que no se halla  
heredero más cercano,  
el día que el hijo falta  
le toca el laurel, bien como  
dignidad hereditaria.  
Y así que le restituyas  
dice...

FÓCAS. ¡No prosigas, calla!  
Que inobedientes locuras,  
tanto como esa, áun palabras  
en respuesta no merecen.  
Esto que le digas basta.

LEONIDO. No basta, señor. ¿No tiene  
este palacio ventanas  
por donde volando vuelva  
más pronto?

HER. Leonido, aguarda;  
que viene sobre seguro  
de embajador, y no agravian  
los motivos de su dueño  
en su boca.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) ¿No reparas  
en la ira y la cordura  
de los dos?

FÓCAS. (Ap. á Lisipo) Sí.  
(Al Embajador.) ¿Pues qué aguardas?  
¿Ya no llevas la respuesta?

EMB. Que sepas que, en la campaña,  
última razon de reyes  
es la fuerza de las armas! (vase.)

FÓCAS. Bien está. Ven, Cintia.

CINTIA. (Á los Príncipes.) El cielo  
os guarde. Y pues obligada  
al hospedaje me veo,



procuraré que no haya  
espacio en que no os diviertan  
saraos, fiestas y danzas.

FÓCAS. No paseis los dos de aquí.  
Quedaos; en la hermosa varia  
estancia de estos jardines  
esperad mientras que salga.  
(Vánse Fócas, Cintia, las damas y Lisipo.)

LEONIDO. Siempre yo he de obedecerte...

HER. Siempre haré lo que me mandas...

## ESCENA VI.

HERÁCLIO, LEONIDO: FÓCAS y LISIPO, al paño. Á poco  
ASTOLFO.

LISIPO. Desde aquí podrás ahora  
ver cómo en un lance andan,  
poniéndoles la piedad  
en dos iguales balanzas.

UNA VOZ. (Dentro.) Seguidle, y donde le halláreis  
matadlo.

A ST. (Dentro.) ¡El cielo me valga!

HER. y LEONIDO. ¿Qué es esto?

AST. (Saliendo.) Dichoso yo,  
pues que llegué á vuestras plantas!  
Supe de vuestra venida;  
y, quebrantando las guardas,  
rompí la prision, no tanto  
porque esto mi vida salva,  
cuanto por ver que logré  
mi silencio su esperanza;  
pues aunque ahora me den  
una y mil muertes, me basta  
para consuelo el haberos  
visto en majestad tan alta.

LEONIDO. ¿En qué majestad nos miras?  
¿No es accion tuya villana  
quitar á cuya es la gloria  
para néciamente darla  
á cuya no es?

HER. Mal, Leonido,

- lo que le debes le pagas.
- LEONIDO. ¿Qué le debo? ¿Lo tirano  
de una rústica crianza,  
en que, ladron de mi vida,  
violenta en riscos la gasta?  
¿No fuera mejor, pues supo  
quién éramos, que empezara  
nuestras fortunas en otros  
ejercicios (que lograran  
la sangre de nuestros pechos),  
donde lo que nos quitaba  
el hado por conveniencia,  
restituyese por armas?
- FÓCAS. (Ap.) Bien discurre, por lo altivo,  
Leonido.
- HER. Si es cosa clara  
que, conocido él, lo fuera  
el hijo infeliz que guarda  
de Mauricio entre los dos,  
¿qué lealtad, dí, se compara  
al desterrarse con él?  
Y dí, ¿qué piedad iguala,  
tambien entre ambos, á que,  
sabiendo por la aldeana,  
madre del uno, cuyo era,  
como tú ves, le guardara  
con igual fineza?
- FÓCAS. (Ap. á Leonido.) Bien,  
por lo cuerdo, Heráclio habla.
- LEONIDO. ¿Y es fineza, y es lealtad,  
y es piedad lo que ahora calla?  
No; pues cuanto anda en uno  
piadoso, en otro cruel anda.  
Fuera mejor desde luégo  
decir la verdad sin trabas,  
y muriera el que muriera,  
y reinara el que reinara!
- HER. No fuera, pues una vida  
vale más que un reino.
- LEONIDO. Calla;  
que el ver que vuelves por él  
tanto mi cólera arrastra,

que estoy por...

AST. ¿Por qué, di, ingrato?

LEONIDO. Por serlo, pues me lo llamas!

Traidor, tirano, caduco...

(Échalo en el suelo, y levántalo Heráclio.)

HER. Del suelo, padre, levanta.

AST. ¡Ay de mí!

HER. Y ya que mi mano

á tí socorrió, mi saña

castigue á un tirano aleve.

(Sacan las espadas.)

LEONIDO. No es muy fácil la demanda.

AST. ¡Hijos, hijos!...

(Riñen, y cae Leonido.)

LEONIDO. Trepecé

y caí.

(Salen Fócas, Lisipo y Cintia, y procuran interponerse entre Leonido y Heráclio.)

FÓCAS. (Á Heráclio.) ¡Detente!

CINTIA.

¡Aguarda!

FÓCAS. ¡No le mates!

CINTIA.

No te empeñes.

HER.

(Á Fócas.) No haré, pues que tú lo mandas.

(Á Cintia.) Viva, porque tú lo quieres. (Váse.)

AST.

Oh secreto, lo que callas! (Váse.)

LEONIDO.

Haber tropezado no es  
flaqueza, sino desgracia.

Ahora lo veréis!...

FÓCAS y CINTIA. (Cerrando el paso á Leonido.) ¡Detente!

LEONIDO.

Nadie impida mi venganza,  
que he de sanear el desaire.

FÓCAS.

¿Ves que soy quien te lo manda?

CINTIA.

¿Ves que soy quien te lo ruega?

LEONIDO.

(Separando con violencia á Fócas y á Cintia.)

Ni tu decoro me ataja,

ni tu respeto me mueve!

(Váse precipitadamente en seguimiento de Heráclio.)

FÓCAS.

¡Oye, espera!

CINTIA.

¡Escucha, aguarda!...

(Váse tras él.)

LISIPO.

¿Qué te va diciendo, Fócas,

la experiencia?

FÓCAS.

Mucho y nada:  
pues me quedo con mis dudas,  
al ver que iguales me agradan  
en el uno la soberbia,  
en el otro la templanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Decoracion de selva corta.

### ESCENA PRIMERA.

FÓCAS, LISIPO, ISMENO y CORTESANOS. Lisipo siguiendo á Fócas, que sale precipitado y descompuesto.

LISIPO. ¿Qué tienes, señor?

FÓCAS. No sé:

un letargo, un parasismo,  
un frenesí, una locura,  
un pasmo, un ánsia, un conflicto;  
que aunque no dudo el saberlo,  
descansaré con decirlo.

Fingí el sueño; y él, airado  
de ver que lo había fingido,  
perturbadas las ideas  
verdadero hacerse quiso.

En aquel espacio breve,  
ni bien muerto ni bien vivo,  
á Leonido ví y á Heráclio,  
sobre vuestros dos avisos,  
con dos puñales. Y aunque  
cada uno se previno  
de que era suyo el amparo  
y era ajeno el homicidio,  
no sé con qué oculta causa,

sin asustarme en Leonido  
el acero, ví el de Heráclio,  
jurára, en mi sangre tinto.  
Conque infiero que al oír  
que era hijo de Mauricio,  
reventó la saña en él.  
Y pues que yo no me afirmo,  
decid vosotros, decid  
si bien ó si mal colijo  
de sus acciones.

- ISMENO. Si ellos  
llegaron así escondidos,  
sus intentos no podemos  
explicarlos sin oírlos.
- FÓCAS. (Á Lisipo.) Tú ¿qué infieres?
- LISIPO. Si pudiera  
yo hablar, ya lo hubiera dicho;  
pero hay deidad que mi vida  
amenaza si lo digo.
- FÓCAS. ¿No eres tan sabio en la mágia?  
Pues haz que un nuevo prodigio  
nos lo diga.
- LISIPO. Mal podré.
- FÓCAS. ¿Por qué?
- LISIPO. El término preciso  
del día se cumplió ya  
en que forzados los vimos  
á la fuerza de un conjuro  
y de un encanto al hechizo.
- FÓCAS. Entónces dejadme todos,  
dejadme á solas conmigo.
- LISIPO. Ya te dejamos, señor.  
Y pues quedas en el sitio  
que te encontré, lo que callo  
infiere de lo que has visto.  
(Váanse Lisipo, Ismeno y los cortesanos.)

## ESCENA II.

FÓCAS.

FÓCAS. ¿Qué he de inferir, si me pierdo

en mil dudas? En el mismo  
lugar en que me dejaron  
monteros y criados míos,  
cuando tan raros portentos  
obró el mágico Lisipo,  
me vuelvo á encontrar, sin que haya  
ni rastreado ni inferido  
más de que en Heráclio fué  
piedad todo, hasta haber visto  
blandir su mano el acero;  
todo crueldad en Leonido,  
hasta haber visto que él fué,  
si he de creerme á mí mismo,  
el que la vida me dió.  
¡Oh mal explicado abismo,  
qué de cosas me has callado  
y qué de cosas me has dicho!—  
Porque el fin de tanto asombro  
se enlace con su principio,  
acosado de los canes  
vuelve sangriento y herido  
á mí el bruto, á tiempo que  
no puedo acudir, rendido,  
á mi defensa. ¡Ah del monte!  
¡Vasallos, criados, amigos!...  
¿No hay quien me socorra?

### ESCENA III.

FÓCAS: HERÁCLIO y LEONIDO vestidos de pieles.

LEONIDO. Sí;  
que habiendo tu voz oído...  
HER. Vuelvo á saber... ¿más qué veo?  
LEONIDO. Vuelvo á ver... ¿pero qué miro?  
HER. ¿Esta no es mi antigua piel?  
LEONIDO. ¿Este no es mi traje antiguo?  
HER. Este el monte...  
LEONIDO. Esta la selva  
donde...  
FÓCAS. ¿Qué os ha suspendido?

HER. ¡Si he visto lo que he soñado!

LEONIDO. ¡Si he soñado lo que he visto!

HER. ¿Qué se hizo de aquel alcázar  
dónde estaba?

LEONIDO. ¿Qué se hizo  
aquel edificio?

FÓCAS. ¿Qué  
alcázar, ni qué edificio?  
Desde ayer á esta hora ando  
tras una fiera perdido,  
donde, hallándome la noche,  
fueron mi lecho estos riscos.  
Al oír voces de monteros  
y de canes los latidos,  
llamé, no tanto porque  
yendo la fiera hácia el río  
me diesen socorro, cuanto  
porque de este laberinto  
me sacasen. Y supuesto  
que en mi busca habeis venido,  
debajo de aquel seguro  
que Cintia y Libia habrán dicho  
yendo de paz á buscaros  
con aparatos festivos  
de músicos instrumentos,  
seais los dos bien venidos.

LEONIDO. ¿Qué es lo que por mí ha pasado?

HER. ¡Cielos! ¿Qué me ha sucedido?

LEONIDO. ¿Será mentira ó verdad  
lo que ha poco...

#### ESCENA IV.

DICHOS: CINTIA, LIBIA y séquito.

CINTIA. (Á Focas.) Alegre pido,  
señor, tu mano, en albricias  
de que con vida te miro.

LIBIA. Á todos nos da tus plantas.

FÓCAS. Yo la fineza os estimo.

CINTIA. Y yo estimo á mi fortuna  
el que esté Heráclio contigo;



que habiéndole hallado yo,  
y habiendo él, en tu peligro,  
sido el que llegó primero,  
me persuado á que he tenido  
alguna parte en su dicha,  
y no pequeña en tu alivio.

LIBIA. Lo mismo á mí me sucede  
contigo hallando á Leonido.

FÓCAS. Los dos llegaron ahora.

HER. ¿Cómo ahora? ¿No estuvimos  
contigo en aquel palacio?

FÓCAS. ¿Qué palacio?

CINTIA. ¿Estás sin juicio?

FÓCAS. Habiendo llegado ahora,  
y habiéndoles las dos dicho  
que quiero ser más piadoso  
con los dos, que vengativo  
con el uno, es bien que vamos  
donde sean recibidos  
en tu córte con festejos,  
aplausos y regocijos,  
y donde muden el traje  
en adornos y vestidos  
de reales púrpuras.

LEONIDO. (Ap.) ¡Cielos!

¿Si será esto lo fingido,  
y lo otro lo verdadero?  
¿Ó si habrá al contrario sido  
esto lo cierto, y lo otro  
lo incierto? Mas ¿qué averiguo?  
Vaya yo donde me vea  
de reales pompas vestido,  
en palacios alojado,  
de varias gentes servido,  
y sea cierto ó no sea cierto;  
pues en los faustos del siglo  
lo que se goza, se goza,  
dure ó no dure. (Á Fócas.) Rendido  
á tus piés, beso tu mano  
por el honor que recibo.

FÓCAS. (Ap.) Cuerdo anda Leonido, pues  
no se da por entendido.

(Á Heráclio.) Y tú, Heráclio, ¿no me das las gracias de que te admito en mi córte?

HER. No señor,

FÓCAS. ¿Por qué causa?

HER. Te suplico que más lustre no me des que dejarme en mi retiro á vivir como viví de estas montañas vecino, de estas fieras compañero, ciudadano de estos riscos. Que no quiero oír aplausos de tan mañoso artificio, que no sepa cuando son verdaderos ó fingidos.

FÓCAS. No te entiendo.

HER. Yo tampoco.

## ESCENA V.

DICHOS: ASTOLFO y LISIPO, que se quedan ocultos en distintos lados.

AST. (Sabiedo que están Leonido y Heráclio con Fócas ya, á verlos vengo. Advertido aquí observaré...)

LISIPO. (Á esta parte cautamente me retiro para saber...)

FÓCAS. En efecto, ingrato, desconocido, ¿mi piedad desprecias?

HER. No la desprecio; ántes la estimo tanto, que no quiero verla aventurada al peligro de que una piedad padezca escrúpulos de delito. Y así, á tus piés arrojado,

que me desvíes te pido  
de tí; porque á mí me basta  
el reino de mi albedrío,  
sin más ambicion.

FÓCAS.                                   ¿Y eso  
no es hacer, dí, desperdicio  
y desaire de mi honor?

HER.       No, señor, sino del mio.

FÓCAS.   No es sino hallarte, tirano,  
acusado y convencido  
de tu traicion.—Mas ¿qué hago?  
Mal la cólera reprimo.—  
Arrebatóme la ira  
al ver que aún no te he perdido  
aquel pasado pavor.

CINTIA.   (Ap.) ¿Qué traicion puede haber visto  
en él, si ahora ha llegado?

FÓCAS.   Y así, ingrato, por lo mismo  
que mi favor aborreces,  
has de estar siempre conmigo.  
Que ménos cuidado así  
me darás, siendo registro  
yo de todas tus acciones;  
pues estoy ya persuadido,  
y no en vano, de que eres  
el hijo de mi enemigo.

HER.       Es verdad. Y pues tú rompes  
el secreto de un prodigio,  
hijo de Mauricio soy;  
una y mil veces lo afirmo.

FÓCAS.   ¿De qué lo sabes?

HER.                                   Lo sé  
de tan superior testigo,  
que no padece objecion.  
Cintia fué quien me lo dijo.

CINTIA.   ¿Yo? ¿cómo? ¿cuándo? Ni yo  
¿de qué saberlo he podido?

HER.       De que te lo dijo Astolfo  
á tí, cuando preso vino.

AST.       (Ap. saliendo.)  
Aunque me maten ¿qué espero?)—  
(Á Cintia.) ¿Yo, señora, tal te he dicho?

- CINTIA. Ni me lo ha dicho él, ni yo á tí. (Á Heráclio.)
- HER. (Á Cintia.) Si te he vendido el secreto, con mi muerte lo pago todo. (Á Astolfo.) Y tú, impío piadoso, que me ocultaste tantos años este altivo honor; ya que lo dijiste, ¿por qué ahora tan atrevido lo niegas, aventurando el respeto en Cintia?
- AST. Dilo tú, señora: ¿cuándo yo tal te dije?
- CINTIA. (Á Astolfo.) Ya le he dicho que nunca lo supe yo.
- HER. Á tí en nada te replico. Pero á este que, tras quitarme el honor, me quita el juicio, la vida que le guardé en aquel alcázar rico le he de quitar.
- AST. ¿En qué alcázar?
- LEONIDO. (Á Heráclio.) Detente, y no inadvertido le maltrates; que aunque es verdad que en él estuvimos, no es verdad lo que pasamos. Algun superior motivo anda aquí que no sabemos. Dígalo el ver que lo mismo me dijo á mí Libia.
- LIBIA. ¿Yo?
- LEONIDO. ¿Cuándo te he hablado ni visto?
- LEONIDO. En aquel mismo palacio donde todos estuvimos. Por señas que me dijiste que á tí tu padre Lisipo, sabiéndolo por sus ciencias...
- LISIPO. Pues ¿cómo, Libia, has tenido tú atrevimiento á decir que dije lo que no he dicho?
- FÓCAS. Acabemos de una vez; .

- salgamos de tanto abismo!—  
Seguidme á la córte: allí  
veré lo que determino. (Váse con el séquito.)
- AST. (Á Heráclio, al salir siguiendo á Fócas.)  
Vive alerta, que el tirano  
te mira con ceño esquivo.
- HER. Desecha temores: Cintia  
me ampara, y en Dios confío. (Vánse.)

### MUTACION.

Salon ricamente adornado en el palacio de Cintia. En el centro del teatro, á la izquierda del espectador, un lecho.

### ESCENA VI.

LEONIDO, ISMENO.

- ISMENO. Templá, señor, tus enojos.
- LEONIDO. Bien mi afecto me engañó,  
pues nacer sentí en el alma  
yo no sé qué inclinacion  
hácia ese tirano cruel.
- ISMENO. No te venzas al rigor  
de la ira.
- LEONIDO. ¿Cómo quieres  
que acalle la indignacion?  
¿Qué ha visto Fócas en mí  
para negarme el honor  
de ser hijo de Mauricio?  
¿Por qué á Heráclio señaló  
como á vástago dichoso  
del difunto emperador?  
¿Son ménores mis alientos?  
¿Acaso no puedo yo  
dar ejemplo á las edades  
de grandeza y de valor?  
¡Ah Fócas, pronto verás  
cuál vale más de los dos!
- ISMENO. Serénate, porque importa,  
en la extrema situacion

á que hemos llegado, usa r  
más cautela que furor.  
En el hijo de Mauricio  
el pueblo amante cifró  
su esperanza; mas de Fócas  
aún miedo infunde y pavor  
la tiranía, y es fuerza  
proceder con precaucion.

LEONIDO. Á tus razones me rindo;  
pues si escuchase la voz  
de los ímpetus bizarros  
de mi altiva condicion,  
yo mismo castigaría,  
sin más tardanza, al feroz  
caudillo que de mi padre  
fué inhumano matador.

ISMENO. ¿Seguro estás de que eres...

LEONIDO. Libia me lo declaró.  
Y aunque despues lo ha negado,  
fué por no dar ocasion  
á los rigores de Fócas.  
Pero ¿qué prueba mayor?  
Me lo están diciendo á voces  
mi sangre y mi corazon!

ISMENO. Pues oye: Astolfo, que siempre  
cual tierno padre os amó,—  
porque no estorben su intento,  
ni al tirano usurpador  
dés contra tí nuevas armas,  
secretamente avivó  
el ardor de los leales  
que odian á Fócas, y que hoy  
en el hijo de Mauricio  
sólo ven su salvacion.

LEONIDO. ¿Son muchos?

ISMENO. Sí.

LEONIDO. ¿Y están pronto  
á derrocar al traidor?

ISMENO. Lo están.

LEONIDO. ¿Podrán estorbarlo  
sus tropas?

ISMENO. Fuerte legion

es ya nuestra: el de Calabria  
tambien nos ayuda.

LEONIDO.                   ¿Y no  
se malogrará la empresa,  
si Heráclio aspira al honor,  
muerto Fócas, de heredarle?

ISMENO. Bien mirado, juzgo yo  
que quien del padre abomina  
la tiránica intencion,  
ha de temer en el hijo  
á otro tirano.

LEONIDO.                   Los dos  
han de morir! Sin tardanza  
corre, vuela; que á mi voz  
estén prontos. Sepan luégo  
que hijo de Mauricio soy;  
diles que, si es necesario,  
sabrá llegar mi valor,  
no ya al trono del imperio,  
sino hasta el trono del sol. (Vánse.)

## ESCENA VII.

ASTOLFO y HERÁCLIO.

AST.           Fuerza es, pues lo quiere el cielo,  
hijo, que en aqueste instante  
todo misterio quebrante,  
deseche todo recelo.

En riesgo tu vida está;  
pues el escondido arcano,  
freno hasta aquí del tirano,  
no lo es para Fócas ya.

Hizo en él la sangre oficio  
de delator, y tu ruina  
dispone, porque adivina  
que el hijo eres de Mauricio.

HER.           Por fin!...—No engañarme quieras,  
pues negaste allí...—Mas no;  
que hartó lo sabía yo  
ántes que tú lo dijeras!  
Haciendo al secreto agravios

- el alma me lo decía;  
pero me causa alegría  
escucharlo de tus labios.
- AST. Declararlo era, en rigor,  
ser ¡oh Heráclio! tu homicida.
- HER. ¿Y qué ménos que una vida  
valer puede tanto honor?  
Ni juzgues que, deslumbrado  
por la púrpura, ambiciono  
ántes el brillo de un trono  
que el bien de haberlo heredado.  
Quien logra noble nacer,  
en ménos ha de apreciar  
la fortuna de alcanzar  
que el honor de merecer.
- AST. ¡Bien tu alcurnia se declara  
en tan altos pensamientos!  
Mas por si crudos tormentos  
el tirano nos prepara,  
es forzoso á tus parciales  
dar luégo la voz de alerta,  
ántes que Fócas advierta  
del incendio las señales.  
Muchos con ánimo fuerte,  
vivo el hijo de Mauricio,  
por vengarle, en tu servicio  
sabrán arrostrar la muerte.
- HER. Yo con ellos el primero  
saldré; que tan justa accion  
me ofrece digna ocasion  
de desnudar el acero.  
Y pues sé ya que el traidor  
verdugo de mi destino  
es el bárbaro asesino  
de mi padre y mi señor,  
cara á cara y frente á frente  
le he de matar: que sería  
de otro modo cobardía  
que mi sangre no consiente.
- AST. Has de otorgarme un favor:  
Leonido...
- HER. Llaméle hermano.



- Aunque es hijo del tirano,  
no abrigues por él temor.
- AST. Pues corro á encender la llama  
que ha de abrasar al impío.
- HER. En que he de deberte fío  
vida, cetro, honor y fama.  
Y aún tal vez mayor tesoro  
conquistaste ufano por tí,  
pues desde que á Cintia ví  
con toda el alma la adoro! (Váase Astolfo.)

### ESCENA VIII.

HERÁCLIO. Luégo FÓCAS y séquite.

- HER. De albricias diera la vida,  
aunque viva aborrecido  
de Fócas, que me amenaza  
con tan mortales peligros,  
por esta dichosa nueva!  
No importa, no, que el invicto  
laurel que me toca goce,  
tanto como haber sabido  
la sangre que arde en mis venas.
- FÓCAS. Pues de Astolfo los designios  
dicen más que todo cuanto  
mis experiencias han dicho,  
fuerza será que mis odios,  
breve pausa suspendidos,  
satisfagan en Heráclio  
sus naturales instintos.
- HER. (Viendo á Fócas.) ¡Fócas!... No le quiero ver.  
(Marchándose.)
- FÓCAS. ¿Huyes de mí?
- HER. No he sabido  
yo nunca huir. ¿Qué temor  
me diera á huirte motivo?
- FÓCAS. Nada temes?
- HER. Nada temo.
- FÓCAS. ¿Ni aún saber que eres mi hijo?
- HER. Eso sí.

:

- FÓCAS. Pues dí, villano,  
traidor, infame, atrevido,  
¿por qué eso temes?
- HER. Porque  
á más alto honor aspiro.  
Hijo de Mauricio soy.
- FÓCAS. Si, de Mauricio eres hijo!  
Y porque está ya conforme  
tu altivez con mis indicios,  
porque no lo dudes más  
vas á morir aquí mismo!
- HER. Mata: será digno fin  
de tus bárbaros principios.
- FÓCAS. ¡Hola! Aseguradle.  
(Á los soldados, que sujetan á Heráclio.)

## ESCENA IX.

DICHOS y CINTIA.

- CINTIA. ¡Tente!
- FÓCAS. ¿Tú lo impides?
- CINTIA. Yo lo impido.  
Debajo de tu palabra  
y de mí seguro vino:  
ó has de cumplírsela, ó, ántes  
que muera, en el pecho mio  
ensangrentarás tu acero.
- FÓCAS. ¿Qué es lo que yo le he ofrecido?
- CINTIA. No matarle.
- FÓCAS. Pues lo dije,  
por tí y por mí he de cumplirlo.  
Llevalle al más hondo encierro;  
en donde, al peso rendido  
de fuertes cadenas, muera  
de hambre y sed.
- CINTIA. ¡Cielo divino!
- FÓCAS. Llevalle al punto.
- HER. (Á los soldados que le sujetan.)  
Villanos,  
sin violencia; que yo mismo

- iré á morir, si los cielos  
(Á Focas.) ántes no te dan castigo.
- FÓCAS. En vano esperas.
- CINTIA. (Con ternura.) ¡Heráclio!...
- HER. (Á Cintia.) Adios, hermoso prodigio,  
primero que ví y postrero!...—  
Quédate á Dios, padre mio;  
que sólo siento dejarte  
en poder de mi enemigo,  
cuando, al mentir la verdad,  
verdad la mentira dijo.  
¡Partamos!
- FÓCAS. Para que veas  
si ando piadoso contigo,  
áun no te quiero quitar  
aqueste pequeño alivio.—  
Buscad á Astolfo, llevadle  
con él, y mueran unidos.
- CINTIA. Aguarda, Heráclio, que quiero  
yo tambien morir contigo.  
(Vánse Heráclio, Cintia, los soldados y el acom-  
pañamiento.)

## ESCENA X.

FÓCAS: despues LEONIDO.

- FÓCAS. Sëa mentira ó verdad,  
sëa cierto ó sea fingido,  
ó desvanézcase ó no,  
ya por lo ménos me miro  
sin competencia heredero  
del imperio; y á Leonido,  
si el hado quiere vengarse,  
no me quitará haber visto  
en esta felicidad  
á costa de aquel peligro!—  
(Se reclina en el lecho.)  
Fuerza es descansar ahora,  
mientras, ya reconocido,  
entra Leonido en la córte  
como cumple al que es mi bijo.

Rara pesadez me embarga.  
Inútilmente resisto  
á la influencia de un sueño  
que más que sueño es delirio.

(Quédase dormido.)

LEONIDO. (Sin ver á Fócas.)

Confieso que tuve á Fócas  
no sé qué interior cariño;  
pero ahora conozco ser  
de mi soberbia nacido,  
por juzgarme el más cercano  
de la corona á que aspiro.  
Dígalo el que, oyendo ahora  
que me toca por Mauricio,  
lo que cariño juzgaba  
es rencor. cuando imagino  
que es tirano y que me quita  
el imperio que era mío.  
Y pues en mí no hay más ley,  
ni más razon, ni más juicio  
que ánsia de reinar, quisiera  
para poder conseguirlo...

¿Estoy solo?... (Viendo á Fócas.)

No estoy solo!

De tal horror me revisto  
al ver al traidor, por quien  
el sacro laurel no ciño,  
que no sé cómo la saña  
de tanto rencor resisto!—  
Pero sí me dijo Libia,  
cuando lo demas me dijo,  
que, muerto él, hasta los suyos  
han de seguir mi partido,  
¿qué espero?... (Saca el puñal.)

Mas ¡ay! que aquel

cariño oculto, indeciso  
me tiene.—¿No vale más  
un imperio que un cariño?  
Sí. Pues ¿qué temo? ¿Qué dudo?  
(Va á herir á Fócas.)

FÓCAS. (Despertando.)

¿Qué es lo que intentas, Leonido?

LEONIDO. (Hiriéndolo.) ¡Muere!

FÓCAS. (Cayendo en el lecho.) ¡Socorro! ¡Favor!  
¿Qué has hecho?

LEONIDO. ¡El imperio es mío!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Heráclio!

AST. (Dentro.) En el momento  
sacadle de la prision.

LEONIDO. (Absorto.) ¿Viva Heráclio? ¿Es ilusion?

VOCES. (Dentro.) ¡Muera Fócas!

FÓCAS. ¡Oh tormento!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva el hijo de Mauricio!

LEONIDO. ¡Ah! ¡Viva, sí, que su mano  
ya ha castigado al tirano!  
¡Venid!

FÓCAS. ¡Qué horrible suplicio!

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: HERÁCLIO, ASTOLFO, LISIPO, CINTIA, LIBIA,  
SOLDADOS y acompañamiento.

HER. ¿Qué miro? ¡Fócas!...

FÓCAS. ¡Yo muero!

LEONIDO. Hirióle mi justo encono.

HER. y AST. ¡Cielos!

CINTIA. Recobre su trono  
de Mauricio el heredero.

LEONIDO. Dadme la púrpura!

AST. No,  
que es de Heráclio.

LEONIDO. (Yéndose á él.) ¡Por mi vida!  
¿Qué dices?

AST. Verdad cumplida.

LEONIDO. Pues entónces ¿quién soy yo?  
¿Qué tardais en responder?  
Haced que mi afan concluya.

FÓCAS. Ven... Mira esta sangre... Es tuya.  
Yo soy quien te ha dado el ser. (Espira.)

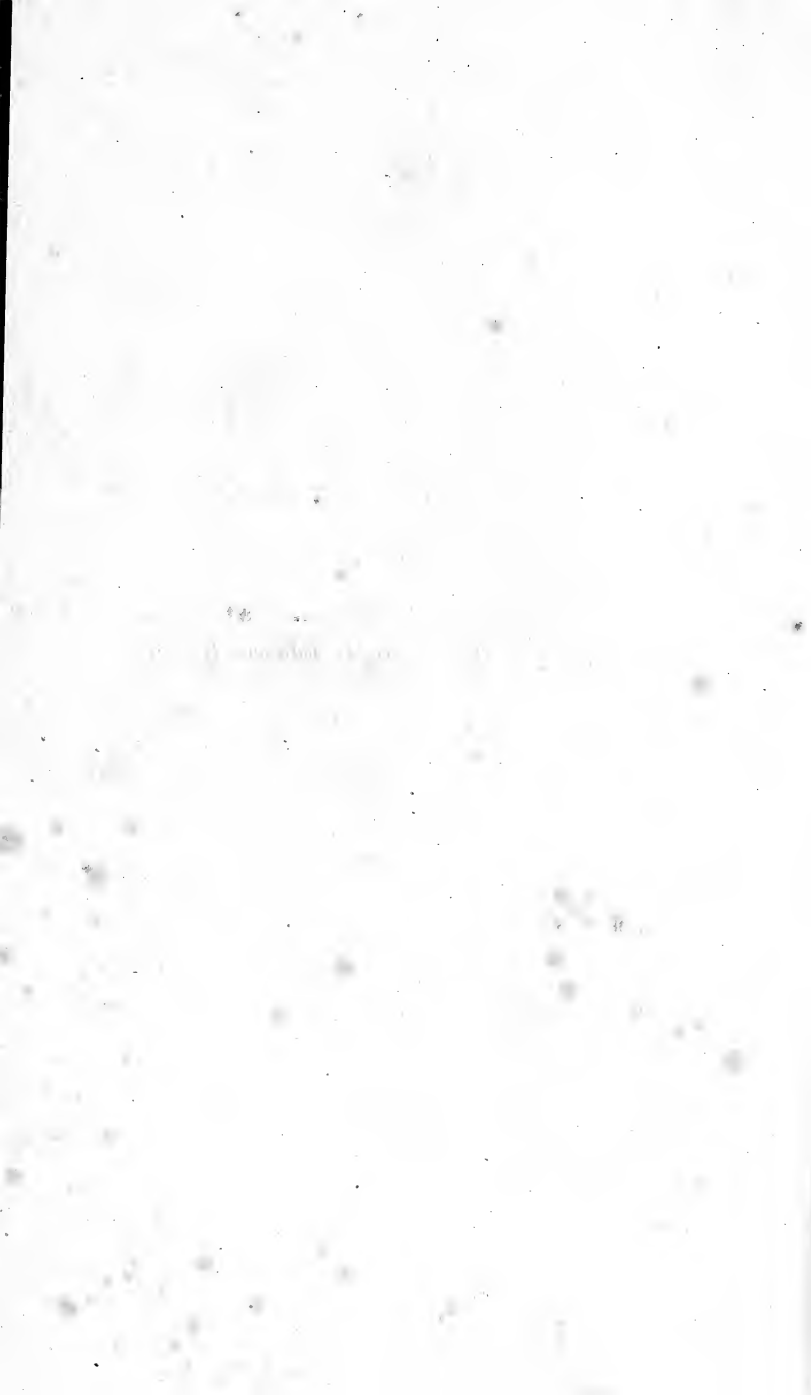
LEONIDO. ¿Tú?... ¡qué horror!... ¡Padre!  
(Arrojándose sobre el cadáver de Fócas.)

AST. (Acercándose á consolarlo) ¡Leonido!...

HER. Pudo en él más la ambicion

que la voz del corazón,  
y en el corazón se ha herido. —  
No con un crimen manchado  
llego á ceñir la corona.  
A tu asesino perdona,  
¡oh padre!... Ya estás vengado. —  
Cintia, mi alma al bien aspira;  
alientame tú, pues ves  
que EN ESTA VIDA TODO ES  
VERDAD, Y TODO MENTIRA.

FIN DEL DRAMA.



# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Eé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de las Galerías de los *Señores Hijos de A. Gullon* y de *D. Eduardo Hidalgo*.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Morá*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.